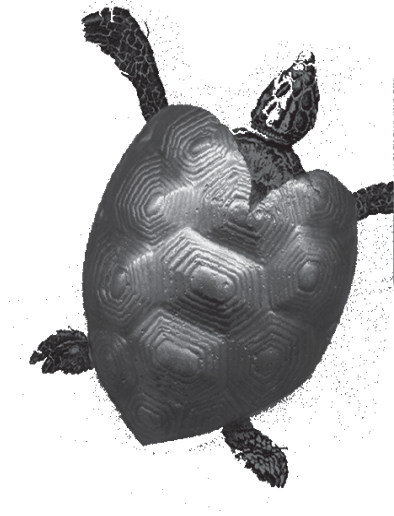


*Madre
Noche*



*Para Fara Shaw Kelsey,
en agradecimiento por
sus conocimientos de curandera
sobre bebés y pociones mágicas
y tantas cosas más...
y
para Isabel Miller
Madrina de todas nosotras.*

PRIMERA PARTE

LA MUJER

SIN NOMBRE

UNO LA REINA RANA

Érase una vez dos mujeres que vivían sobre el lomo de una tortuga. Su casa se encontraba en el linde de una ciudad situada en la desembocadura de un río, allá donde el agua salada se adentraba en la tierra desde el mar. Lejos de allí, junto a otras ciudades y ríos, las rocas, árboles y negras carreteras de ese país terminaban en la orilla de un segundo mar; de modo que el territorio donde vivían las mujeres surgía del agua igual que una tortuga atraída por los recuerdos del sol. Gente de lo más variado se había trasladado a ese país. La percepción que del mismo tenían en su mayoría se ajustaba más o menos a la de las leyes y comités pegados como setas artificiales sobre la superficie de la Tierra. Sin embargo, los primeros habitantes, que quién sabe si habían llegado cruzando un puente desde otro lugar; o si se habían despertado en la oscuridad y habían salido a la luz a través de algún agujero; o si habían seguido a un lagarto, a un pez, a un pájaro o incluso a una tortuga a través de los túneles hasta llegar al sol, esas personas que llevaban mucho tiempo viviendo allí, comprendían que la tierra solo es ella misma. Y comprendían cómo yacía rodeada por las aguas, con su duro caparazón escondiendo un vientre blando y lento, y una mente lánguida, sensible y paciente.

A las mujeres que vivían sobre la tortuga, sus respectivos padres las habían llamado Lauren y Jacqueline. De niña, Lauren permitió que, de común acuerdo, todo el mundo cambiara su nombre a Laurie. Sin embargo, a los trece años, reunió los cuadernos de colorear de su infancia, su diario y diversos papeles en los que figuraba el nombre «Laurie» y quemó todo en el jardín trasero de la casa de sus padres. Durante varios años no permitió que nadie, salvo su abuela, la llamara Laurie; una curiosa excepción, puesto que había sido esa abuela quien había elegido el nombre de Lauren. Lauren, anteriormente Laurie, nacida Lauren, insistía en que «los diminutivos empequeñecen» y en que «Lauren» sonaba a pájaro de la antigüedad, mientras que «Laur-ie» sonaba a animalito al que pegan con un palo.

Una noche de primavera varios años más tarde, abandonó de nuevo el «Lauren» y regresó al «-ie» de su infancia. No fue algo que hiciera a la ligera, ni simplemente por molestar a la gente, ni por demostrar que podía amaestrarlos de una manera y luego de otra «como a perros en



el circo», tal como dijo su padre. El cambio se debió a un hecho excepcional que sucedió esa noche de la segunda mitad del último curso de su licenciatura.

Jacqueline tuvo el mismo nombre durante dieciochos años, que comprendieron breves periodos en los que se planteó variaciones, como por ejemplo Jac-qué-line, Jacque-lien o incluso Jack, que en ningún caso llegó a comentar con nadie, ni siquiera con aquellas personas a las que consideraba sus mejores amigos. Nunca creyó en el nombre Jacqueline. A veces, en la escuela o en celebraciones familiares, la gente tenía que llamarla dos y tres veces antes de que se percatara de que ese «Jacqueline» se refería a ella. La gente la acusaba de ser una distraída, de arrogancia o de ser tonta, a pesar de sus buenas calificaciones y de sus trabajos escritos con gran esmero. Jacqueline aceptaba las distintas versiones que elaboraban de ella, sin explicar en ningún momento que el nombre estaba equivocado, que nunca se podría referir a ella.

A veces tenía la impresión de que su auténtico nombre se encontraba fuera de su alcance, más allá del límite de la memoria. Intentaba engañarse a sí misma, con trucos como escribir todo lo que sucedía en sus sueños, creyendo que de manera inconsciente pillaría a alguien llamándola Helen, Sophie, Rachel o Gretel; pero nunca consiguió nada. Intentó estudiar listas que sacaba de libros como *Vidas de grandes narradores* o *Cómo llamar a tu nuevo bebé*. Pronunciaba lentamente y en voz alta cada uno de los nombres, esperando un súbito reconocimiento. O los leía muy deprisa, confiando en trabarse en alguno en concreto. Pero nada. Empezó a pensar que su verdadero nombre no existía, que Dios, o el ángel encargado de tales asuntos, se había olvidado de asignárselo.

Durante su infancia cohabitó con ese nombre que no tenía nada que ver con ella, agradecida de que al menos únicamente los médicos insistieran en llamarla Jackie. El día de su dieciséis cumpleaños, cuando sus padres insistieron en celebrar una fiesta y encargaron un pastel atravesado por un «Jacqueline» escrito en rosa, e incluso le dieron un brazalete de oro con una chapita con su nombre, decidió aceptar el vacío creado por un cuerpo y una mente sin un nombre. Durante otros dos años y cuatro meses, intentó no pensar en ese vacío, hasta que un suceso concreto le cambió para siempre tanto el nombre como la vida.

El hecho que sacó a la luz los nombres de Lauren y Jacqueline comenzó como un baile en el campus de su universidad, en esa ciudad al este de la tortuga, no lejos del mar. El centro anunció un baile para celebrar la vic-



toria en una competición anual en la que participaba una liga de centros universitarios. La competición consistía en una búsqueda patrocinada por una fundación instituida por un arqueólogo que había ganado una lotería estatal. El objetivo de la búsqueda era el mismo todos los años: una gran rana de porcelana, con piedras negras a modo de ojos y un círculo rojo oscuro en la parte superior de la cabeza.

Durante los últimos años, a medida que la búsqueda iba confirmando cada vez un mayor prestigio al centro que encontraba la rana, se fueron dedicando más y más recursos a la misma, con planes y análisis realizados por los departamentos de informática, física, psicología, antropología cultural e incluso literatura comparada. Sin embargo, la universidad de Lauren y Jacqueline triunfó ese año gracias al denuedo de una campeona inusual: una mujer que trabajaba en la lavandería de la universidad lavando las sábanas de las residencias de estudiantes y las batas de laboratorio.

Harta de los gritos y de los despliegues (porque los distintos departamentos habían empezado a atacarse los unos a los otros), la lavandera, Gertrude, estaba sentada junto a sus lavadoras cuando las sábanas que giraban y giraban le recordaron a algo. Esa noche soñó con aquella ocasión en la que, siendo ella muy pequeña, su madre la había llevado a escuchar a un cuentacuentos en un centro comercial que había cerca de su casa. El cuentacuentos se había sentado en el exterior, delante de una enorme rueda de tómbola, que apareció en el sueño de Gertrude como un armazón con sábanas mojadas que giraban y ondeaban al viento. El primer día libre que tuvo, Gertrude cogió el autobús para ir a su ciudad natal y al centro comercial. La rueda seguía estando allí, y, en la parte trasera de la misma, localizó una puertecita con una anilla de latón. Tiró de ella, y volvió a tirar, mientras a su alrededor un grupo de adolescentes con cazadoras de cuero y faldas ajustadas se reían de ella. La puerta se abrió de repente; en el interior, encontró algo frío y liso. Los oscuros ojos de la rana la miraron fijamente cuando la levantó hacia el sol.

Así que la rana fue a la universidad de Jacqueline. La semana del baile (mientras se colgaban banderines alrededor del gimnasio, aparecían pósters en las paredes, las banderas ondeaban en las ventanas de las residencias, y hombres y mujeres con mono y una careta de rana construían una réplica gigante del trofeo con madera balsa y cartón piedra), esa semana espectacular, Jacqueline se planteó en repetidas ocasiones la posibilidad de asistir al baile; y todas las veces decidió que no era para ella, no para una mujer sin nombre.

En el instituto, nunca había participado demasiado en las actividades culturales de los adolescentes. Sus relaciones de amistad nunca parecían



estar encuadradas en los distintos grupos que se constituían alrededor de deportes, asociaciones de estudiantes distinguidos, pandillas o pretensiones intelectuales. Y, para aquellos a los que consideraba sus amigos, el grupo siempre parecía ser lo primero; la mayor parte de las veces que pasaban un rato juntos era a propuesta de Jacqueline, cuando a ellos no les reclamaba nada más interesante. Jacqueline no se consideraba demasiado interesante. Sin un nombre, incluso su cuerpo parecía existir solo parcialmente, un poco como los hologramas que se exhiben en las ferias de tecnología. Asistió a algunos bailes, pero no se quedó demasiado tiempo. Las otras chicas siempre parecían saber qué hacer: cómo estar de pie, hacer chistes, bailar las unas con las otras cuando no había chicos disponibles... Jacqueline se dedicaba a beber traguitos de ponche, o intentaba bailar o hablar con la gente; sin embargo, al cabo de un rato, las piernas y los hombros le empezaban a doler por la tensión de intentar parecer relajada, y se marchaba.

A veces, algún chico la invitaba a bailar, igual que a veces alguno le pedía una cita. Solía aceptar. Daba vueltas por la pista, o iba a la película de miedo elegida por su acompañante, y se esforzaba al máximo por tener las reacciones propias de cualquier chica con un nombre que la ancle al mundo. Sus padres nunca entendieron por qué su hija no era más popular. Claro que era guapa, le aseguraban. E inteligente, añadían, como si se les hubiera olvidado. A lo mejor le convenía hacerse de más clubs. Su madre le sugirió distintos peinados y un maquillaje más vivo. Su padre le dio dinero para que se comprara ropa. Su hija nunca les prestó demasiada atención. No dejaban de repetir ese nombre que no tenía nada que ver con ella. «Jacqueline, ¿te apetecería dar una fiesta?» o «Jacqueline, ¿necesitas un vestido nuevo?».

Cuando iba al instituto, Jacqueline salió regularmente durante una temporada con un chico llamado Dan Reynolds. Dan era un estudiante de ciencias que acostumbraba a hacer enfadar a sus profesores demostrando cómo trampear los experimentos en el laboratorio. Tenía pensado abrir una empresa informática cuando terminara la universidad; aunque a veces hablaba de reunir un equipo de *hackers* renegados y sabotear las fuerzas armadas de diversos países. Era guapo, o lo podría ser pasados unos años, cuando el rostro se le refinara y el cuerpo se le robusteciera. Nunca parecía saber cómo comportarse cuando estaba en grupo: a veces hablaba demasiado fuerte y otras veces se quedaba mudo. En un par de ocasiones, Jacqueline oyó a algunas chicas que estaban hablando de él, diciendo que era «raro» y «repulsivo». Jacqueline supuso que sabían que las estaba escuchando.



Su madre bebía, le contó Dan a Jacqueline una noche después de haberse bebido él mismo varias botellas de cerveza que había robado de su casa. Y, como su madre se emborrachaba con tanta frecuencia, él y su padre tenían que encargarse de la limpieza y las compras. Dan y Jacqueline estaban sentados en el coche de él, en el aparcamiento de un campo de golf. Dan mantuvo las manos sobre el volante mientras hablaba, y, aunque no la miró, estaba claro que esperaba alguna reacción por su parte.

—No hay nada de malo en que los hombres se encarguen de la limpieza —señaló Jacqueline.

—¡Mierda! —dijo Dan, y arrancó el motor.

Para sorpresa de ambos, Jacqueline insistió en conducir ella, e incluso quitó las llaves del contacto. Durante un instante pareció que Dan podía llegar a pegarle, pero ella quedó sentada, con las llaves dentro del puño, diciendo, «Estás borracho, no puedes conducir», hasta que finalmente Dan salió del coche y lo rodeó camino del asiento del acompañante.

Cuando Jacqueline se estaba incorporando a la carretera, un deportivo rojo pasó a su lado. Una mujer de cabello largo y dientes relucientes la saludó con la mano desde su interior.

—¿Has visto a esa...? —empezó a decir Jacqueline, pero Dan tenía la vista clavada en los árboles que flanqueaban la carretera. Cuando Jacqueline volvió a mirar, el coche rojo había desaparecido.

Esa noche en la cama, Jacqueline estuvo pensando no en Dan sino en la mujer del coche. La mujer la había saludado, estaba segura. Jacqueline tenía la impresión de que la conocía, pero no conseguía recordar de dónde. Mucho tiempo atrás, cuando era muy pequeña. Su madre la había dejado en el cochecito en la puerta de una tienda. Había algo así como un parque (se acordaba de que había árboles y un grupo de personas: unas mujeres pelirrojas de pelo corto, que estaban corriendo o bailando). Con los ojos y los puños cerrados, intentó recuperar el recuerdo. Alguien se había acercado al cochecito, una mujer de pelo largo, que se había inclinado sobre ella... Era inútil. Si realmente había sucedido, ella era demasiado pequeña para que se pudiera acordar. Aunque... sí que recordaba un sonido, y al pensar en él le pareció que podía haber sido de sirenas. Y gente llorando, y su madre llevándosela de allí en el cochecito a toda prisa. Suspiró. A lo mejor Dan podía hipnotizarla. La idea la hizo reír. Se esforzó por relajarse y poco después se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Dan la llamó mientras Jacqueline estaba desayunando. Con gran calma, le dijo que su madre había muerto esa noche. Un accidente, continuó. Se había quedado dormida al volante y el coche se había estrellado contra un árbol. ¿Podía hacerle el favor de infor-



mar a su tutor de lo que había pasado y de explicarle que Dan faltaría a clase unos cuantos días? Y si ella le podía llevar los deberes...

En el funeral, Dan se mantuvo bien tieso en su traje gris mientras iba agradeciendo su presencia a todo el mundo, incluso a Jacqueline y a su propia familia. Durante la siguiente semana, Jacqueline intentó persuadir a Dan para que le hablara de lo que había sucedido, le contara los detalles del accidente, le explicara cómo se sentía. «Estoy bien», «La vida continúa, con o sin nosotros» y «Agua pasada no mueve molino», fueron algunas de las frases que le dijo Dan, que a continuación pasó a describirle su proyecto para la feria tecnológica: un sistema para decodificar las señales de radio cósmicas y detectar indicios de ovnis.

La relación de Jacqueline con Dan terminó una tarde sobre el suelo de la casa de los padres de ella. Estaban solos: los padres de Jacqueline se habían ido a una fiesta.

—El destino no está enviando un mensaje —le dijo Dan, mientras la besaba y la acariciaba vigorosamente.

Últimamente había estado presionándola para que le diera una «prueba» de su amor, asegurándole que la virginidad ya estaba anticuada incluso en la época de sus padres y describiendo antiguos rituales de exaltación de la naturaleza. Justo cuando parecía que Jacqueline podía ceder (estaban medio desnudos y Dan tenía la mano dentro de sus bragas), Dan musitó: «Jacqueline. Te quiero, Jacqueline. Oh, Jacqueline», pero se detuvo de improviso. Jacqueline no le estaba mirando.

—¿Qué...? —dijo ella cuando volvió la cabeza, sonando desconcertada, como si él le hubiera estado hablando a otra persona.

Dan retiró bruscamente la mano de su entrepierna y se marchó dando un portazo.

Y en su primer año en la universidad, en la semana de la rana, Jacqueline no le veía demasiado sentido a ir a otro baile. Sería exactamente igual que en el instituto. Y además era un baile de disfraces, lo que la obligaría a tener que pensar qué ponerse y gastarse el dinero, para luego sentirse como una estúpida.

Su compañera de habitación, Louise, sí que iba a asistir. Ya se había agenciado una camisa negra, unos pantalones negros ajustados, una capa de poliéster también negra, una espada de plástico y una máscara para taparse los ojos. Y, de cuando en cuando, blandía la espada y se subía a la cama de un salto, para terminar revolcándose entre carcajadas. Louise se había unido recientemente a la Unión de Estudiantes Lesbianas. Estaba «enamorada de todo el género femenino», le había dicho. Jacqueline pensaba que tenía que ser maravilloso sentirse parte de algo.



La noche del baile, Louise volvió a intentar convencer a Jacqueline de que la acompañara.

—Va a ir todo el mundo —le dijo—. Es una ocasión verdaderamente especial. Es probable que nunca se vuelva a producir.

—No tengo disfraz.

—Podemos prepararte uno.

Louise empezó a rebuscar entre las ropas de Jacqueline.

—Déjalo —le dijo Jacqueline—. No pienso ir. No tendré a nadie con quien bailar.

—Pues baila conmigo. —Louise agarró a Jacqueline y la hizo girar—. Puedes brincar y hacer la rana con la UEL. Estaremos encantadas de que te unas a nosotras.

Jacqueline se rió, pero se soltó.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué?, ¿porque la gente pensará que eres bollera?

—Me trae sin cuidado lo que piense la gente. Simplemente no me sentiría a gusto. Me sentiría como una farsante.

A las nueve, Louise se puso la máscara, hizo girar la espada en el aire por última vez y salió apresuradamente por la puerta. Jacqueline fue siguiendo las pisadas de sus botas mientras se dirigía hacia el ascensor. A las nueve y media, decidió que hacía demasiado calor para estudiar y bajó a la sala común para ver qué ponían en la televisión. En la habitación había dos chicos sentados, tirados en el sofá mirando un partido de béisbol. Jacqueline salió a la calle.

Oyó la música incluso antes de ver el gimnasio. Al doblar la esquina de la biblioteca, vio que el gimnasio estaba adornado con banderines y con un dibujo enorme de una rana iluminado por un foco. En el interior, la banda tocaba *El salto de la rana*, una canción de algunos años atrás. Por encima de la música se oían los golpes de los pies de la gente que se agachaba y luego brincaba hacia arriba. Jacqueline se quedó a unos cincuenta metros del edificio, observando a los que estaban fuera, algunos besándose, otros dando apresurados sorbos o caladas a sustancias oficialmente prohibidas.

Justo cuando Jacqueline estaba a punto de marcharse, una limusina negra subió por la estrecha calle que había delante del gimnasio. De ella salió una mujer con un vestido largo de *patchwork* hecho con retazos de terciopelo, y engalanada con abalorios, perlas, plumas y piedras corrientes. En la cabeza llevaba un sombrero de ala ancha y copa blanda inclinado hacia atrás. El cabello pelirrojo le caía por la espalda en tres largas trenzas. Del coche descendieron cinco mujeres más; todas llevaban el pelo



corto y largos pañuelos blancos, probablemente de seda, que revoloteaban a su espalda. A pesar del calor, las cinco llevaban cazadoras de cuero rojo, pantalones ajustados también rojos y sandalias negras. Las puntadas doradas en la espalda de sus cazadoras dibujaban un pequeño laberinto, debajo del cual, con una elegante caligrafía, estaban bordadas las palabras «Madre Noche». Cuando se giraron ligeramente para echar un vistazo al edificio, Jacqueline vio que tenían las mejillas atravesadas por profundas arrugas.

La limusina se alejó lentamente. En la puerta del gimnasio, la mujer del vestido se giró y levantó la cabeza ligeramente. Fue la sonrisa lo que Jacqueline reconoció. La ropa era distinta y la mujer había renunciado a su deportivo rojo, pero Jacqueline conocía esa sonrisa. Corrió hacia ella mientras la mujer y sus acompañantes desaparecían por entre la multitud y el ruido.

Un muchacho flaco con un traje de vaquero y una careta de rana impidió entrar a Jacqueline.

—Tienes que ir disfrazada —le dijo.

—Solo quiero hablar con una persona —repuso Jacqueline, e intentó echarlo a un lado de un empujón.

Varias personas se rieron cuando el muchacho se lo devolvió. Medio corriendo, Jacqueline atravesó las puertas del campus y se dirigió a la calle comercial del barrio, donde había una tienda que vendía un poco de todo y que permanecía abierta hasta tarde. Allí se hizo con un montón de cintas de colores y un lápiz de labios rojo oscuro.

De vuelta en su habitación, Jacqueline se puso una camiseta verde sin mangas (había decidido no llevar sujetador), una falda negra larga y nada en los pies. Se sujetó con cinta adhesiva las cintas a lo largo de los brazos y luego se ató una alrededor del cuello con los extremos cayéndole por encima de los pechos. Con el lápiz de ojos negro de Louise se dibujó una máscara alrededor de los ojos, y pintó, a modo de cuerdas, unas líneas que le llegaban hasta detrás de las orejas. Utilizó su propia máscara de ojos para crear unos mechones oscuros en su cabello rubio; luego se aplicó el lápiz de labios con trazos gruesos, riéndose al ver cómo le iluminaba el rostro. Cuando estaba a punto de marcharse, corrió de vuelta al espejo y con el lápiz de ojos índigo se dibujó un tosco laberinto en el pecho, justo encima del escote que la camiseta verde dejaba al descubierto.

El vaquero la dejó pasar sin hacer ningún comentario. Una vez dentro, se abrió camino por entre la densa multitud, sin prestar atención a la atronadora música ni a los bailarines que chocaban contra ella. En la parte de delante del recinto, no lejos de la rana gigante situada sobre el



estrado, había un grupo de mujeres bailando juntas. Durante un instante, a Jacqueline le pareció que había visto a una de las chicas de las cazadoras rojas, pero cuando se acercó resultó ser una de las amigas de Louise disfrazada de demonio. Poniéndose de puntillas para ver por encima de la multitud, la propia Louise la saludó animadamente con la mano; Jacqueline le devolvió el saludo y continuó buscando.

Resultaba tan desconcertante... Todo el mundo se había convertido en caballeros, princesas, brujas o ranas (había montones de ranas; algunas con disfraces completos que incluían elaboradas cabezas que parecían cascos, otras con únicamente la misma careta de cartulina que llevaba el vigilante de la puerta). Jacqueline no sabía quién había confeccionado las caretas de rana, pero recordaba haber visto en el campus pilas de ellas a la venta durante la semana anterior. La gente las había llevado en las reuniones, cuando trabajaban en los preparativos del baile (recordaba una cuadrilla de ranas con el pecho desnudo montando el estrado a golpe de martillo bajo el inusual calor primaveral) e incluso simplemente cuando caminaban por el campus o estaban sentados en la sala común de la residencia o en la cafetería. Mientras Jacqueline escrutaba la multitud, la banda comenzó a tocar de nuevo *El salto de la rana*, y la gente se apresuró a agarrarse por la cadera para formar largas hileras que brincaban arriba y abajo hasta hacer temblar el edificio. Jacqueline intentó seguir abriéndose paso y mirar por encima de la gente cuando caían al suelo entre risas.

Encontró a la mujer pelirroja acompañada por otra persona junto a una improvisada mesa con boles de cacahuets, patatas fritas y una especie de ensalada cremosa. La otra persona llevaba sombrero de copa, frac y unos zapatos negros de charol, como de bailarín de claqué de los de antes. Estaba de pie, dándole la espalda a Jacqueline, con el peso del cuerpo descansando sobre la pierna izquierda y las manos en los bolsillos de sus pantalones a rayas. Jacqueline supo que se trataba de una mujer, a pesar del pelo corto, los hombros anchos (exagerados por el corte de la chaqueta) y las caderas estrechas.

A su lado, la mujer del vestido de terciopelo parecía muy pequeña, mucho más pequeña de lo que le había parecido a Jacqueline cuando estaba junto a su limusina. La mujer sonrió a Jacqueline. Tenía la cara salpicada de puntitos brillantes, que, cuando sonreía, bailaban bajo la luz como si fueran luciérnagas. La mujer levantó la mirada hacia su acompañante del sombrero de copa.

—Laurie —dijo—, quiero presentarte a alguien.

Su voz tenía un curioso acento, o más bien una entonación que la hacía sonar ligeramente extranjera, como cuando alguien tras haber vivi-



do durante años en otro país regresa a su hogar. Cuando la mujer alta volvió la cabeza, Jacqueline dio un paso atrás. Se había pintado la cara de blanco y luego se había oscurecido los ojos y la boca para parecer una calavera. En las manos que sacó de los bolsillos llevaba guantes negros, con huesos de esqueleto pintados en los dedos y en el dorso de las mismas. Parecía una pintura antigua: *La Muerte con frac y chistera*. Sin prestar atención a Jacqueline, la mujer alta le dijo a su acompañante:

—¿Cómo sabes cómo me llamo? Da igual, estás equivocada. No me llamo Laurie, sino Lauren.

La mujer pelirroja no dijo nada y se limitó a beber a sorbos de un vaso de plástico que sujetaba con ambas manos.

—Laurie —repitió la mujer alta—. Lauren. Laurie. —Lanzó una fuerte carcajada que ahogó la música, al menos en ese rincón del recinto—. Bueno, ¿y por qué no? Que sea Laurie otra vez.

Dio una palmada; luego se volvió y miró a Jacqueline. Su mirada tenía un matiz predatorio; no era maldad, solo era la mirada del cazador evaluando su presa. Pero entonces suavizó su expresión y mostró una cierta confusión. Jacqueline se quedó donde estaba. A quien buscaba era a la pelirroja, pero esa otra mujer tenía algo especial. Tenía los pómulos poco pronunciados, la barbilla afilada y la nariz fina y recta. Los grandes ojos le brillaban por la excitación, lo que estropeaba el efecto calavera.

Al mirarla, a Jacqueline le pareció que su propio cuerpo solo era una especie de torpe ensamblado. Sus pechos eran demasiado grandes y fofos bajo su camiseta verde demasiado fina. ¿Y cómo podía haber hecho la enorme idiotez de salir sin sujetador? También se notaba sudada. Y su postura era poco natural. Cuando intentó corregirla, se dio cuenta (demasiado tarde) de que con el gesto había sacado más el pecho. La mujer alta sonrió, y su sonrisa se hizo más amplia cuando Jacqueline volvió a hundirlo.

—Laurie, quiero presentarte a una vieja amiga mía —dijo la mujer del vestido de terciopelo. Cogió la mano de Jacqueline y la hizo acercarse—. Esta es Jaque.

Lo pronunció igual que «Jake», pero Jacqueline (Jaque) supo cómo deletrearlo desde ese primer momento. Se quedó parada temblando, sin percatarse de las lágrimas que le brotaban de los ojos. «¡Qué fácil!», pensó. Había estado ahí, siempre lo había estado, todos estos años. ¡Jaque! ¡Se llamaba Jaque! Agarró a la mujer alta (a Laurie) y la hizo girar con ella.

—Felicítame —le dijo—. No me preguntes por qué. Simplemente felicítame.

Cuando Jaque la soltó, Laurie hizo una reverencia.

—Felicidades —dijo, y dio un sombrero con su chistera.



Jaqe hizo una genuflexión. Una vez se incorporó, se sintió un poco mareada y se preguntó si era a esa sensación a la que se referían los libros cuando decían que la heroína se sintió desfallecer. Laurie sonrió y Jaqe no pudo evitar reírse. Resultaba totalmente inapropiado: la Muerte sonriéndole justo cuando ella se sentía tan viva... tan cómoda... como si hubiera encajado en su lugar. Tenía un nombre; se había incorporado al mundo.

—¿De qué vas disfrazada, Jaqe? —preguntó Laurie.

Jaqe volvió a reír.

—No lo sé.

Laurie pasó los dedos por entre las cintas y dijo:

—Me había parecido que a lo mejor eras una araña.

Un dedo enguantado fue trazando suavemente el dibujo que Jaqe se había pintado en el pecho. Jaqe se imaginó ese dedo descendiendo y rozando los laterales de sus pechos. Sacudió la cabeza.

—Aquí hace mucho calor —dijo.

La mujer del vestido de terciopelo le alargó un vaso de plástico.

—Bebe un poco de ponche —la animó—. Te refrescará.

El primer sorbo hizo que un escalofrío le recorriera el cuerpo, pero, una vez pasó, Jaqe notó cómo una ola de relajación se iba extendiendo por sus músculos. En el recinto, todo se amortiguó: la música ya no era tan intensa y las luces de las paredes del gimnasio eran menos deslumbrantes. Volvió a mirar a la mujer pelirroja. Tenía el rostro pequeño, casi delicado bajo el ancho sombrero. Lo ojos eran negros, grandes, sin maquillaje, y brillaban como los puntitos chispeantes que salpicaban su piel.

—¿Quién eres? —le preguntó Jaqe.

La mujer hizo un gesto con la mano, que pareció moverse con vida propia, como un pájaro.

—Tengo tantos nombres que incluso a mí me cuesta recordarlos —contestó la mujer.

Jaqe se giró hacia Laurie.

—¿Es amiga tuya?

—Acabo de conocerla. Pensaba que era amiga tuya —dijo la Muerte con un encogimiento de hombros.

Jaqe volvió a mirar a la mujer, la cual levantó la cabeza lentamente, y la luz de un foco rojo, que antes había estado tapado por el ala del sombrero, cayó sobre su rostro.

—Llámame Madre Noche —dijo. Y al sonreír, los dientes le brillaron rodeados por el rojo de su piel.



Sin pensarlo, Jaque agarró la mano de Laurie. En ese instante, oyó un silbido y se volvió justo a tiempo de ver cómo los brazos de Louise la rodeaban para darle un abrazo.

—¡Vaya! —dijo Louise—. ¡Tenías tu secreto bien guardado!, ¿eh?

—¿Qué secreto?

Louise adoptó una pose, con una mano en la cadera, junto a la espada que llevaba colgando, y con la otra echándose el pelo hacia atrás.

—No te limitas a unirse al CCT como las demás. Vas directa a por la jefa.

—Por el amor de Dios, Louise —dijo Laurie.

—¿CCT? —preguntó Jaque—. ¿Jefa? ¿De qué está hablando?

—Lo de CCT es una especie de chiste —le explicó Laurie—. Es como llamamos a la Unión de Estudiantes Lesbianas. Significa Comité Central de Tortilleras.

Jaque volvió a mirar a Louise y luego sonrió a Laurie.

—¿Eres la jefa?

Laurie clavó la mirada en el suelo.

—Bueno, soy la presidenta. Pero es meramente un título. No significa nada.

—Siempre has sido una compañera de habitación fantástica, Jacqueline, pero de verdad que deberías haberme... —dijo Louise.

Jaque la interrumpió levantando la mano como un guardia de tráfico.

—Nada de Jacqueline —dijo—. Jaque. No lo olvides.

Louise se echó a reír y la abrazó de nuevo.

—¡Vaya! Cuando sales del armario, sales del todo.

Antes de que Jaque pudiera contestar, la banda empezó a tocar una estridente fanfarria ligeramente desafinada. Un instante más tarde, por los altavoces se oyó un pitido de acoplamiento junto con una voz masculina.

—¡Atención, por favor! —dijo.

Cuando Jaque se giró hacia la parte delantera del recinto, vio un grupo de hombres con diversos disfraces, todos ellos con una careta de rana en la cara. El que hablaba por el micrófono iba disfrazado de pájaro: un traje de una pieza totalmente cubierto de plumas de poliéster. Desde el interior de su careta de rana anunció que había llegado el gran momento, cuando el comité elegiría a la Reina Rana para que fuera ella quien oficialmente hiciera entrega del trofeo a la universidad. El comité, continuó, había estudiado a todas las hermosas mujeres con sus preciosos disfraces y había elegido a aquella «cuyo radiante disfraz ilumina nuestro glorioso Castillo de la Rana». Tres hombres se adentraron por entre la multitud.



Al verles acercarse, Jaque miró a su alrededor en busca de alguna mujer con un bikini llamativo o un traje transparente. Y cuando se acercaron todavía más, miró sorprendida a Laurie, y luego a Madre Noche. Cuando le cogieron las manos, se soltó atónita.

—Quieren que los acompañes —dijo Madre Noche.

Jaque miró a sus amigas. Laurie levantó la chistera a modo de saludo y la besó en la mejilla. Louise blandió la espada.

—Pero esto no es nada, ni siquiera es un disfraz... —dijo Jaque.

Sin embargo, cuando miró el laberinto índigo, le pareció que brillaba allí donde el dedo de Laurie le había rozado la piel. Y cuando movió los brazos, las cintas se movieron fluidamente, como haces de luz. Avanzó entre aplausos y silbidos para situarse en el estrado, delante de la rana de madera y cartón piedra y ojos de cristal, que tenía la insignia de la universidad pintada en su pecho abombado. El hombre que estaba a su lado, con esmoquin negro y una careta de rana de cartulina en la cara, le alargó la mano. Jaque se la estrechó. Y hasta que no empezó a hablar no se dio cuenta de que se trataba de Samuel Benson, el director de la universidad.

Jaque prestó poca atención a los discursos y los aplausos. Cuando le entregaron el trofeo, se lo pasó directamente al director, el cual se lo tuvo que devolver para que lo levantara para que todo el mundo lo pudiera ver.

—Y ahora, la reina elegirá a su rey —anunció el hombre del disfraz de pájaro.

La banda comenzó a tocar una canción lenta y pasada de moda. Los focos le dificultaban la visión, pero, a pesar de ello, supo exactamente hacia dónde dirigir sus brazos abiertos. Laurie salió de entre la muchedumbre: la Muerte emergiendo entre el gentío.

Mientras Jaque y Laurie daban vueltas por la pista de baile, los ruidos pasaron por su lado como sonidos que atraviesan un lago. Se oyeron algunos comentarios que decían que eso era ir demasiado lejos, algunas patadas y abucheos mezclados con aclamaciones aisladas del CCT, y, elevándose por encima de todo, una voz sorprendida que anunció, como si nadie más se hubiera percatado: «¡Oye, que es otra chical!».

Jaque apoyó la cabeza en el hombro de Laurie. Sintió el dúctil peso de su propio cuerpo en la espiral de los brazos de Laurie. Un instante después, otras parejas empezaron incorporarse a la pista de baile.

—Vamos a mi apartamento —susurró Laurie.

Jaque movió la cabeza afirmativamente, y entonces se acordó de todas las preguntas que quería hacerle a Madre Noche. Miró hacia atrás, hacia donde la había visto, pero solo divisó a Louise, que encabezaba una procesión de mujeres que se dirigían a felicitar a la pareja real. Jaque agarró a Laurie por la mano y la arrastró a toda prisa hacia la puerta.



«Por el amor de Dios, bueno, de la Diosa, ¿qué es lo que estás haciendo?», se preguntó Jaque una vez en la calle. Ella no era Louise; nunca se había considerado... gay, si es que esa era la palabra correcta. Acababa de descubrir cuál era su nombre, ¿no iría a descubrir más cosas sobre sí misma? Pero entonces miró a Laurie, que sonreía bajo su maquillaje con los rasgos de la Muerte igual que un niño pequeño el día de su cumpleaños, y su nerviosismo se apaciguó.

El apartamento de Laurie resultó ser el lugar más desordenado que Jaque había visto en toda su vida. Encima de pilas de libros había platos y vasos, e incluso sartenes. Papeles, arrugados y lisos, cubrían el suelo, incluso el del cuarto de baño. Vaqueros, camisetas con y sin mangas y ropa interior ocultaban la cama, las sillas y el escritorio. Jaque se acordó del caos que reinaba en la mitad del cuarto que compartía en la residencia con Louise y se preguntó si el ser gay te hace descuidado.

Cuando Jaque se echó a reír, Laurie se sonrojó (Jaque lo notó a través del maquillaje) y empezó a amontonar las cosas, como si intentara despejar una zona donde pudieran estar las dos.

—Siento el desorden —se excusó—. No suele estar tan mal.

Volvió a sonrojarse, como si se diera cuenta de lo burda que era la mentira. Cuando empezó a retirar cosas de la cama, Jaque vio que las sábanas estaban recién lavadas. Sonrió, y Laurie, que justo entonces estaba mirando, volvió a sentirse terriblemente incómoda.

—No pasa nada —le dijo Jaque, y le tendió las manos.

Sintió un escalofrío cuando Laurie se las cogió. «No pasa nada», se dijo, a pesar de lo cual continuó repitiéndose que era una locura, que ella no pintaba nada allí.

—Jaque —dijo Laurie, y, al oír el sonido de su nombre, Jaque se sintió inundada por un sentimiento de felicidad.

Apretó las manos de Laurie como si quisiera evitar que se fuera flotando a través del techo. Y se rió al caer en la cuenta de que Laurie la había llamado.

—¿Qué? —respondió.

—¿Qué? —repitió Laurie, y un momento más tarde las dos se estaban riendo.

—Has dicho mi nombre —le recordó Jaque. «Mi nombre», pensó.

—Es que me gusta cómo suena.

—Y a mí. Laurie. Ese también me gusta.

Jaque se preguntó qué es lo que pensaría cualquiera que las viera. Dos mujeres de pie, cogidas de las manos en mitad de una habitación desordenada, diciendo cada una el nombre de la otra. Para su sorpresa (después



de todo, Laurie era la jefa del CCT), fue ella quien tiró de Laurie hacia sí y quien alzó el rostro para que Laurie la besara. «El beso de la muerte», pensó, y a punto estuvo de echarse a reír de nuevo, pero se contuvo.

«No me estoy muriendo —pensó—, sino disolviendo.» El roce de los pechos de Laurie contra los suyos (incluso a través de las camisetas), la suavidad del rostro de Laurie, la presión de sus brazos, de sus labios... La Muerte le besó la parte de delante del hombro; la pequeña depresión entre el hombro y el pecho; y el pecho, por la parte de arriba, por los lados e incluso por la parte de abajo, antes de volver a subir rodeando los pezones, para terminar en los propios pezones.

—¡Dios mío! —exclamó Jaque—. ¡Oh, Dios mío!

—Diosa —masculló Laurie, y las dos se rieron y se abrazaron.

Mientras ella y Laurie se estaban desnudando, a Jaque le pareció, durante un breve instante, ver a Madre Noche en la puerta, todavía bebiendo de su vaso de ponche.

—¿Qué sucede? —preguntó Laurie—. ¿Qué pasa?

Jaque movió la cabeza negativamente.

—Nada. —Y luego añadió—: Di mi nombre, por favor.

—Jaque. Jaque, Jaque, Jaque.

Jaque apoyó la cabeza en el hombro de Laurie y la abrazó. Entonces Laurie la besó, y la mano que estaba apoyada en la parte superior de la espalda de Jaque descendió por su columna hasta situarse más abajo, entre las piernas de Jaque, donde se las arregló para levantarla del abarrotado suelo y llevarla hasta los campos estivales de la cama.

Ya avanzada la noche, Jaque se despertó y contempló feliz el rostro de Laurie, apenas visible a la luz de las farolas que llegaba por entre las ramas del árbol que había al otro lado de la ventana del dormitorio. Tan suavemente como pudo, dejó que uno de sus dedos acariciara la mejilla de Laurie, que dormía con la boca abierta; y jugó durante unos instantes a ver hasta dónde podía meter el dedo sin llegar a tocar la lengua ni despertar a Laurie. Se volvió a tumbar sobre la almohada, completamente despierta. Finalmente se levantó y se vistió, tomando prestado el esmoquin y las sandalias de Laurie, y se marchó, llevándose las llaves de Laurie. Se encaminó de nuevo hacia el campus, preguntándose si todavía habría algo de animación en el gimnasio, si habría otras personas vagando por la zona, rebosantes de alegría en mitad de la noche. Pero el gimnasio estaba a oscuras, y la única persona que vio fue un guardia de seguridad. El suelo estaba cubierto de vasos, colillas y máscaras de rana de cartulina.



Cuando estaba a punto de darse media vuelta, oyó un ruido apagado que venía de su izquierda. Cuando se dirigió hacia allí, observó una luz roja cerca del extremo del campus. Se acercó justo lo suficiente para ver un coche de la policía, una ambulancia y unas cuantas personas que estaban de pie junto a la puerta abierta de una gran residencia privada. Una mujer apareció en el umbral. Iba vestida con chaqueta y pantalones de sanitario. Llevaba el pelo pelirrojo corto y de punta. En los brazos transportaba a un hombre con un pijama de seda azul y una máscara de rana. Jake se giró y se encaminó de vuelta al apartamento de Laurie. Al día siguiente, en clase de arte, alguien le contó que el Sr. Benson había muerto esa noche de un infarto.



DOS SERPIENTES Y PASTELES

En esa época, en el país situado sobre la tortuga, la gente no sabía qué pensar de las mujeres que se acostaban con otras mujeres. Las generaciones anteriores sí que habían sabido exactamente qué pensar: que era algo física, moral y espiritualmente repugnante. En la época de Jaqe había mucha gente que seguía manteniendo la opinión tradicional; sin embargo, otros insistían en que era una práctica que no hacía daño a nadie, y también los había que consideraban que se trataba de un planteamiento más elevado de la vida, e incluso que era el que se ajustaba a los mandatos de Dios, al que representaban como una mujer con un hacha montada sobre un caballo blanco.

Al no tener muy claro qué pensar, había quien tampoco tenía muy claro qué decir. La primera vez que Jaqe acompañó a Laurie y a Louise a una reunión de la UEL, varias mujeres debatieron sobre cómo se debían llamar a sí mismas e insistieron en que «mujeres que aman a otras mujeres» era un término más apropiado que la nacionalidad de una pequeña isla a miles de kilómetros. Aunque Jaqe simpatizaba con cualquiera que quisiera averiguar cuál era su verdadero nombre, la discusión le resultó tediosa, salvo cuando Louise sugirió que todas las mujeres que amaban a otras mujeres se fueran a la isleta e, invocando el derecho de retorno, solicitaran la ciudadanía.

Jaqe se preguntó si ella realmente se podía considerar una mujer que amaba a otras mujeres. ¿Qué haría?, ¿qué es lo que buscaría si el universo diera un vuelco y Laurie desapareciera? Había encontrado su nombre, el deseo y el amor todo al mismo tiempo, así que cuando Louise había hablado de salir del armario, Jaqe supo que ella nunca había estado dentro. En una ocasión, intentó explicarle a Louise que ella no había existido de verdad hasta la noche del baile de la rana, pero Louise no pareció entenderla.

—Lo que pasaba es que estabas reprimida —le dijo a Jaqe—. El patriarcado te enterró tan profundamente en el armario que tú ni siquiera veías la puerta.

A veces, Jaqe miraba a las mujeres que pasaban por la calle, para ver si las deseaba. Y, a veces, se descubría rebosante de amor, o simplemente fascinada, igual que un investigador de la femineidad, por los pechos, las caderas y el cabello. Pero ¿deseo? Ninguna de ellas era Laurie, ¿así que cómo podían excitarla?



Laurie había sabido que le atraían las mujeres desde que estaba en el instituto, cuando ella y una chica llamada Carol Hamet habían faltado a las clases de la tarde para dedicarse a imitar las poses de las fotografías guarras que el padre de Carol tenía escondidas en el desván de su casa. Carol tan solo había querido representar «cuadros vivientes»; Laurie, por el contrario, había querido improvisar y experimentar, hasta que finalmente Carol le había dicho que estaba «mal de la cabeza» y la había echado. Durante varios días, Laurie intentó hablar con Carol en el instituto y la telefoneó por las noches, sin conseguir respuesta alguna. A finales de esa semana, Carol anunció a sus amigos en la cafetería que ella y un chico llamado Bryan Forbes estaban saliendo juntos. Con un enorme esfuerzo de voluntad, Laurie consiguió terminar de comer sin llorar ni mirar cómo Carol besaba a Bryan y le pasaba la mano por la espalda. Dos días más tarde, Laurie abrió la taquilla de Carol en el instituto (se habían intercambiado las combinaciones) y dejó una rosa rosa y una nota. «Tú has encontrado la normalidad, pero yo he encontrado la misión de mi vida», decía la nota. Y se aseguró de cambiar la combinación de su propio candado antes de que Carol tuviera ocasión de responder.

En el instituto, Laurie perseveró en su vocación con una rebeldía ambigua. Llevaba el pelo corto, vaqueros y cazadora de cuero; pero había otras muchas chicas que también lo hacían. En una ocasión, una de sus compañeras de clase se la llevó aparte, le advirtió de que por su aspecto «casi parecía lesbiana» y le dijo que quizás le conviniera maquillarse un poco o algo por el estilo. «A lo mejor es lo que quiero parecer», fue todo lo que Laurie fue capaz de decir, una respuesta ambigua que la exasperaba cada vez que pensaba en ella. Llevaba un anillo en el dedo meñique, un símbolo de pertenencia a la tribu, pero solo para los miembros de la misma o para los que habían leído los mismos libros que ella. Durante el último curso, algunos jueves se ponía un pañuelo verde, lo que en el instituto era una declaración más abierta; pero durante las clases acostumbraba a dejarlo en la taquilla.

Todo eso cambió unos meses antes de que terminara el instituto, con la llegada al mismo de una chica llamada Anne Lewison. Anne no se parecía a nadie que Laurie hubiera conocido anteriormente: faldas negras, largas y rectas; *blazer* negro; el pelo peinado hacia atrás y recogido con un broche con filigranas; maquillaje pálido y lápiz de labios rojo, y las cejas depiladas hasta quedar convertidas en un fino arco. El padre de Anne era un violinista que había sido contratado recientemente por la orquesta local. La propia Anne tocaba el violonchelo, aunque se negó a



unirse a la orquesta escolar, a pesar de un discurso del director del instituto censurando a «aquellos que, habiendo recibido talentos de Dios, se aíslan en una lamentable arrogancia». Anne estuvo sentada sin moverse durante todo el sermón, con una leve sonrisa y un solitario dedo extendido sobre su mejilla izquierda. Sentada a media fila de distancia, Laurie fue incapaz de apartar los ojos de ella.

A Laurie no se le había pasado por la cabeza que Anne Lewison se hubiera podido fijar en ella, o que Anne (que se maquillaba y llevaba faldas) pudiera ser una mujer que amara a otras mujeres. Un viernes por la tarde, cuando estaba en el exterior del gimnasio entre clase y clase, Laurie vio acercarse a Anne. Se concentró tanto en no mirarla, que casi no se dio cuenta de que la tenía de pie frente a ella.

—Eres Lauren Cohen —dijo Anne. Laurie movió la cabeza afirmativamente, y Anne continuó—: Hay un bar de mujeres al otro lado del río. Hay baile todos los viernes por la noche. ¿Te gustaría acompañarme?

Laurie se dio cuenta de que estaba temblando Y tuvo miedo de que le castañetearan los dientes.

—No tengo coche —respondió.

—Yo sí —dijo Anne sonriendo.

Durante el resto de ese año, Anne instruyó a Laurie en la teoría y práctica de la misión de su vida. Cuando, tras terminar el instituto, Laurie se fue a una universidad de la Costa Este y Anne a una escuela pública experimental en el oeste, se prometieron enviarse copias de sus diarios y anhelar la llegada de los periodos de vacaciones «durante los cuales podremos satisfacer el deseo de nuestros solitarios cuerpos», tal como Anne escribió en la portada de un libro de poesía femenina que le regaló a Laurie el día de San Valentín. A pesar de las promesas de Anne, Laurie estaba aterrorizada el día que la acompañó al aeropuerto. Anne conocería a alguna poeta o escultora y se olvidaría de su existencia. O todavía peor, cuando yaciera entre los brazos de su escultora bromearía sobre la chica provinciana que había dejado atrás.

Al final fue Laurie quien primero dejó de escribir, diciéndose que con las clases no le quedaba tiempo para nada, pero sabiendo que si escribía tendría que omitir lo verdaderamente importante: las mujeres en los cafés y en los pequeños teatros, los músculos de una cierta mujer en una bolera, el aspecto de otra con su camiseta sin mangas mientras levantaba una pancarta en una marcha de mujeres contra la violencia... Justo antes de las vacaciones de primavera de su primer año, Anne le escribió para decirle que se iba a quedar en la escuela para ensayar con un cuarteto de cuerda. Esa noche, Laurie acudió a un maratón de lectura de las obras de



una novelista lesbiana que iba a durar toda la noche. Durante el descanso tras la lectura de un libro sobre las pioneras, Laurie se marchó con una inglesa cuya piel describiría más adelante como «legendaria».

Con gran diligencia, ella misma empezó a crear su propia leyenda. Junto con un grupito de mujeres, organizó con éxito teatrales protestas contra el heterosexismo y la negativa de la universidad a permitir que hubiera una asociación de estudiantes lesbianas. Ligaba con mujeres en los bares y las llevaba a conferencias sobre historia de la literatura. Mandaba rosas a las profesoras. Y sedujo a una ristra de estudiantes, muchas de las cuales le habían confesado que era posible que fueran lesbianas y le habían pedido consejo.

No obstante, durante su último curso, Laurie empezó a temer la llegada de su graduación tanto como la anhelaba. «Lauren Cohen» se había convertido en un espectáculo, con una estrella aburrída y sin números nuevos. Cuando la Fiebre de la Rana se apoderó de la universidad, Laurie no hizo plan alguno para ir al baile, hasta que la UEL le rogó que fuera, alegando que necesitaban a su líder para ayudarles a recordar a aquellos que las veían con malos ojos que no iban a conseguir volver a arrinconar a las mujeres que aman a otras mujeres. Durante varios días, Laurie intentó pensar en un disfraz, hasta que por fin, la tarde antes del baile, vio algo blanco y fino en el césped que había junto a la biblioteca. Cuando lo recogió, tardó un instante en darse cuenta de que se trataba de un hueso descolorido de la garra de un pájaro.

Cuando Laurie y Jaque llevaban un mes juntas, un par de mujeres acusaron a Laurie durante una reunión de la UEL de descuidar sus obligaciones. «Estás pensando con el coño», le espetó una de ellas, y la otra añadió que era un milagro que no se quedara todo el día en casa horneando galletas. Laurie las mandó a la mierda y dimitió de su cargo como presidenta.

Esa noche, en la cama, Jaque le preguntó:

—¿Te estoy perjudicando? —Laurie intentó besarla, pero Jaque se dio media vuelta—. Tengo que saberlo. No quiero perjudicarte nunca.

Laurie se sentó. Con la mano izquierda sobre el corazón y el brazo derecho extendido, declaró:

—Me has salvado la vida.

—No te lo tomes a broma. Tú tenías una vida estupenda. Eres importante. Louise prácticamente te idolatra; o te idolatraba, hasta que llegué yo y te robé.

Laurie la besó en el hombro.

—Estaba muerta.



Jaqe se apartó de ella.

—No digas eso, ni siquiera en broma.

—Lo digo en serio —repuso Laurie, pero estaba sonriendo—. Aunque fuera demasiado estúpida para quedarme tumbada, como la momia de una de esas películas viejas de miedo en blanco y negro. Tú me has revivido. Tú y Madre Noche.

Jaqe se incorporó y comenzó a vestirse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Laurie.

—Te he dicho que no dijeras eso.

Cuando Laurie intentó agarrarle el brazo, se soltó de un tirón. Ya se estaba poniendo los pantalones cortos cuando Laurie le dijo:

—Lo siento. No volveré a hacerlo, lo prometo. ¿Quieres que prepare unas galletas?

Jaqe se sentó en el borde de la cama.

—No sabes.

—Podría aprender. Podría hacer unas galletas especiales: las galletas de la Diosa. Con forma de mujer embarazada.

Jaqe dejó que Laurie le bajara la cremallera de los pantalones.

—Solo quería estar segura de que te convengo.

Laurie le besó el ombligo, y luego deslizó el rostro hacia abajo para frotarlo contra su vello púbico.

—Has hecho por mí algo que nunca nadie había conseguido: has hecho que limpie el apartamento —le dijo.

Jaqe se rió y terminó de desnudarse.

El apartamento de Laurie estaba en un edificio que en el pasado había tenido su momento de esplendor, situado en un barrio humilde al pie del cerro donde estaba la universidad. Tenía tres habitaciones (contando la pequeña cocina) y muy pocos muebles: un colchón de espuma en una cama fabricada a partir de una puerta, un escritorio inestable que la propia Laurie había montado, un par de sillas que ella y un amigo habían encontrado en la calle. En la puerta de al lado vivía una mujer, su hijita que siempre tenía la cara manchada de chocolate y mermelada y, a veces, el novio de la mujer, que llegaba avanzada la noche y ponía la música bien alta hasta el amanecer. Algunas de esas noches, Laurie aporreaba las paredes hasta que la escayola caía y formaba pequeños montoncitos sobre la alfombra que había comprado en una tienda del Ejército de Salvación. Otras ponía su propia música o cantaba bien fuerte.

Jaqe consiguió que Laurie pintara las paredes, tirara la alfombra, apilara los libros y papeles en el escritorio y contra las paredes, y comprara sábanas nuevas, cuando en las viejas aparecieron manchas dejadas por



antiguas amantes. Juntas rasparon la grasa de la cocina. Para celebrar su primer mes juntas, Jaque le regaló a Laurie unas cortinas para la cocina. Y, para sorpresa de Jaque, Laurie le regaló un par de plantas, altas y frondosas como pequeños árboles, para colocarlas a ambos lados de la ventana del salón, a modo de guardianes contra el mundo que había más allá de los cristales recientemente limpiados.

Jaque les comunicó a sus padres su nuevo nombre antes de hablarles de Laurie.

—¿Jake? —dijo su madre por teléfono—. Es un nombre de chico. Mira, Jacqueline...

—Jaque —la corrigió su hija.

La discusión duró cinco minutos, durante los cuales Jaque corrigió a su madre y luego a su padre un total de ocho veces.

—La gente va a pensar que eres lesbiana —dijo su padre.

—No es un nombre de hombre —repuso Jaque—. Es mi nombre, y yo soy una mujer.

Jaque sabía que les iba a tener que hablar pronto de su nueva vida. Se acercaba el verano y sus padres contaban con que fuera a casa. Esperaban que consiguiera un trabajo durante el verano, que se tumbara a la orilla del lago los fines de semana, que arrancara las malas hierbas en el jardín y que hablara de chicos. Y Laurie se iba a graduar, y ya había sido admitida en un programa de posgrado sobre estudios de la mujer en una universidad a cientos de kilómetros.

Jaque se había enterado de este último problema por casualidad, ya que Laurie no se lo había mencionado y tan solo le había dicho que «no estaba segura» de lo que iba a hacer cuando se graduara.

—¿No deberíamos hacer algún tipo de planes? —decía Jaque, pero Laurie se limitaba a besarla y a prometerle que ya lo hablarían.

Una tarde, cuando Laurie estaba en clase, Jaque encontró la carta de admisión en el curso de posgrado tirada en el suelo junto al escritorio de Laurie. Hasta ese momento, Jaque había pensado que nunca iban a discutir, que nada de lo que Laurie pudiera hacer podría irritarla.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo mientras tú estés en los seminarios? —gritó.

—No sé qué es lo que voy a hacer —dijo Laurie.

—¿Qué es eso de que no lo sabes? ¿Qué es lo que le has dicho a la universidad? ¿Les has escrito confirmando que vas a ir?

Laurie encogió sus hermosos hombros, anchos y delicados al mismo tiempo. Su holgada blusa de rayón ondeó alrededor de su cuerpo.



—Bueno, sí; pero no es definitivo. Puedo escribirles y decirles que he cambiado de opinión.

—No quiero que cambies de opinión. Si quieres estudiar a las mujeres, adelante.

Laurie sonrió.

—Podría limitarme a estudiarte a ti.

Jaqe respiraba con dificultad. Tenía la sensación de que se iba a morir si continuaba enfadada un instante más. Solo miró a Laurie, pero su rostro debió traslucir algo más porque a Laurie se le borró la sonrisa y parecía asustada cuando abrió los brazos para que Jaqe se refugiara en ellos.

Jaqe sabía que se lo tenía que contar a sus padres antes del verano, antes de la graduación de Laurie.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó a Louise una noche—. Ni siquiera son capaces de aceptar mi nombre.

Louise se recostó en el asiento y cruzó los brazos.

—Ahora ya sabes lo que es —dijo.

Tres semanas antes de los exámenes, Jaqe llamó a sus padres para decirles que iba a aprovechar un fin de semana largo para ir a casa.

—Para descansar antes del último esfuerzo —dijo animadamente, y luego añadió—: Y me gustaría llevar a alguien conmigo.

—¿Un chico? —le preguntó su madre.

—No, una chica... una mujer.

Cuando Jaqe y Laurie llegaron a la estación de trenes el jueves a última hora de la tarde, la madre de Jaqe abrazó a su hija durante unos instantes mientras su padre estrechaba la mano de Laurie. Una vez en el coche, su madre no dejó de hablar durante todo el camino hasta su casa, contándole a Jaqe los escándalos del barrio, los problemas en el trabajo y los embarazos en la familia. En casa, continuó con su informe mientras preparaba queso y pan y llenaba la cafetera. Finalmente hizo una pausa cuando ya habían terminado de comer.

—Bien —dijo tras un instante—, supongo que estaréis cansadas. Vamos, Laurie, te enseñaré tu habitación.

—Dormirá en la mía —intervino Jaqe.

Los otros tres la miraron, con Laurie tan sorprendida como los padres de Jaqe. En el tren, Jaqe le había pedido que no montara un número por lo de las habitaciones. El dormitorio libre estaba arriba, junto al de ella, le explicó Jaqe, y Laurie podía pasarse a la habitación contigua una vez los padres de Jaqe se hubieran ido a dormir. «Más vale que no se nos olvide revolver las sábanas del cuarto de invitados», había dicho Laurie.



—No lo entiendo —había dicho la Sra. Lang—. Hay habitaciones de sobra. De verdad que no es ninguna molestia. Ya he puesto sábanas limpias en la cama.

—No es eso lo que quiere decir —intervino el Sr. Lang. Dio un paso hacia Laurie, que cruzó los brazos y apoyó el peso de su cuerpo en un pie—. ¿Quién coño te crees que eres? —le preguntó.

—La novia de su hija —contestó Laurie.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó el Sr. Lang.

—Por favor, Allan —intervino la Sra. Lang—. ¿Es que tenemos que pelearnos?

—Sabes lo que está diciendo, ¿verdad?

—¿No podemos hablarlo por la mañana?

—¡Por la mañana será demasiado tarde! —exclamó Laurie—. Ya es demasiado tarde.

—Quiero que te largues de aquí —le dijo el Sr. Lang.

—Si ella se va, yo me voy con ella —amenazó Jaqe.

Aunque estaba horrorizada, sintió ganas de reír al oírse decir esas palabras.

—Eso es ridículo —dijo la Sra. Lang, y luego le preguntó a su marido—: ¿Dónde quieres que vayan?, ¿a un motel? —Se volvió hacia Laurie—. ¿Seguro que no quieres dormir en el cuarto de invitados? Es de lo más acogedor...

El rostro le temblaba por el esfuerzo de contener las lágrimas. Jaqe casi se esperaba que dijera «Porfa...».

Laurie miró a Jaqe, que clavó la vista en la alfombra.

—Por supuesto, —le dijo a la madre de Jaqe—, encantada.

Al día siguiente, mientras el padre de Jaqe estaba trabajando, la madre de Jaqe las llevó a dos supermercados, a una tienda de venta de cerveza y refrescos al por mayor, a tres centros comerciales, a comer a una cafetería y a tomar un refrigerio a media tarde en una heladería de una cadena.

Y en cuanto llegaron a casa dijo:

—¡Mirad qué hora es! Tu padre está a punto de llegar a casa y ni siquiera hemos empezado a preparar la cena.

—¡Menuda sorpresa! —le susurró Laurie a Jaqe.

Durante la cena, los padres de Jaqe las bombardearon con preguntas sobre cómo era su vida de universitarias, con más chismes sobre los vecinos y con historias relacionadas con la política local y los indignantes planes para construir una planta procesadora de basura a menos de un kilómetro de la urbanización de los Lang. Laurie mostró un gran interés por



todo lo que contaron los padres de Jaque: les hizo preguntas, se mostró comprensiva con los problemas familiares y manifestó su sorpresa e indignación ante la corrupción del ayuntamiento. Después de la cena, la madre de Jaque les prometió que habría helado si todos se reunían en el salón familiar para mirar la televisión.

—Me voy a dar una vuelta —dijo Jaque.

Cuando Laurie la siguió camino de la puerta, Jaque le susurró que quería estar unos minutos a solas.

—¿Y yo tengo que quedarme y mirar la tele con tus padres? —le preguntó Laurie.

Jaque le sugirió que se fuera al piso de arriba.

—Di que tienes que estudiar. Y es cierto, ¿no?

Una vez fuera, Jaque se dijo que debía pensar, tomar alguna decisión, aunque no estaba segura de sobre qué. En lugar de eso, se limitó a pasear subiendo y bajando por las suaves pendientes del barrio, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos de la cazadora de golf de su padre.

En el camino de vuelta, se encontró una piedra. Era plana, con forma elíptica y tenía ambas caras atravesadas por líneas. Jaque la observó con los ojos entrecerrados. Si miraba las líneas de una determinada manera, estas formaban figuras. En una de las caras, una especie de árbol con el tronco central ondulado, ramas como brazos brotando de ambos lados y una maraña de rayas en la parte inferior a modo de raíces apelonadas. Las propias raíces parecían formar una imagen, aunque Jaque no fue capaz de decidir a qué le recordaba. En la parte superior, una forma ovalada le hizo pensar en un huevo colocado en las ramas más altas. La otra cara de la piedra estaba incluso más clara. Una columna blanca vertical en el centro con una línea debajo parecía un barquero fantasmal de pie en un bote. El barquero incluso tenía una pértiga: una línea diagonal que iba de una esquina a otra de la piedra. Jaque se echó la piedra a los vaqueros y se encaminó hacia su casa.

Se despertó en mitad de la noche. Laurie y ella estaban durmiendo en el cuarto de invitados. «Después de todo —había dicho Laurie de buen humor—, yo he prometido no dormir en tu habitación; pero tú no prometiste no dormir en la mía.» Jaque estuvo varios minutos tumbada pensando que no iba a tener problemas para volver a conciliar el sueño, pero no consiguió sentirse cómoda. Y cada vez que se giraba para cambiar de posición, Laurie gemía y tiraba de la manta.

Al cabo de un rato, se deslizó con cuidado fuera de la cama y se acercó a la ventana. ¿Qué les había pasado a las luces? Las ventanas del cuarto de invitados daban a una zona de casas que se extendía cuesta



abajo, lo que permitía vislumbrar las casas de medio barrio. No había ventanas con luces encendidas. Desde que era pequeña, cuando a veces se despertaba en mitad de una pesadilla y se acercaba a mirar por la ventana, sabía que siempre había alguien despierto, en un sitio u otro. Y cuando miró hacia la izquierda, hacia la calle, todas las farolas estaban apagadas. «Un corte de electricidad», pensó, y encendió la lámpara del escritorio, para inmediatamente apagarla cuando la luz le dio en los ojos. Laurie volvió a gemir pero no llegó a despertarse.

Jaqe se puso a toda velocidad los vaqueros, la sudadera de Laurie y unas sandalias. Una vez abajo, abrió la puerta con todo el cuidado del mundo, temiendo que su madre, que siempre había tenido el sueño ligero, se despertara y bajara a investigar. Cuando salió a la calle, se medio esperaba encontrarla vacía; pero no, había unas mujeres, un buen grupo de mujeres (cinco, siete, nueve), nueve mujeres que se entrecruzaban en algo parecido a una danza.

Jaqe intentó esconderse detrás del roble que había en el jardín delantero. Unas cuantas casas más abajo, junto a la casa de Terry Santorini, las mujeres se movían más o menos en círculo en mitad de la calle, haciendo un extraño ruido y sacudiendo las manos. No, eran sonajeros, estaban sacudiendo unos sonajeros, sonajeros de bebé; Jaqe alcanzó a vislumbrar las cabezas de payaso de plástico. Intentó distinguir los rostros de las mujeres, para ver si reconocía a alguna de ellas, pero estaban demasiado lejos. Había una que se parecía un poco a la Sra. Bennet, que vivía al otro lado de la calle, y otra que se parecía a Jackie Lee, la que solía organizar todas esas reuniones para vender productos Tupperware. A lo mejor había sido ella quien les había proporcionado los sonajeros, se le ocurrió a Jaqe, que tuvo que reprimir una carcajada. Le hubiera gustado poderse acercarse, pero no se atrevía, no fueran a verla y a salir corriendo.

Jaqe vio que las mujeres iban de punta en blanco, como auténticas damas vestidas para bajar a la capital. Llevaban faldas rectas o plisadas, algunas con americanas cortas y otras con blusas con volantes. Todas llevaban bolsos negros y brillantes, con cierres metálicos. Y, aunque resultaba difícil estar segura sin la luz de las farolas, a Jaqe le pareció que llevaban guantes, guantes blancos que se adentraban en sus mangas.

En la calle estaba pasando algo. La alcantarilla se estaba desbordando, pero ¿cómo podía ser si no había llovido? No, lo que estaba saliendo por la reja no era agua, ¡eran serpientes! Montones de serpientes se arrastraban hasta la calle desde la alcantarilla, atraídas por el sonido de los sonajeros. Jaqe se tuvo que tapar la boca con la mano para no gritar. Un instante más tarde sintió ganas de reír. Se acordó de cómo se había queja-



do su padre unos años atrás por unos impuestos especiales, y de su posterior orgullo cívico cuando el condado había reemplazado las viejas fosas sépticas con el nuevo sistema de alcantarillado. Casi se sintió tentada de correr hasta la casa y arrastrar a su padre hasta la calle.

No había tantas serpientes como le había parecido en un primer momento. ¿Una docena?, ¿veinte? Como se movían juntas, resultaba difícil saberlo. «Las serpientes son muy gregarias», pensó, y tuvo que luchar para no soltar una carcajada. Notó una sensación de vértigo: el miedo o la excitación. Las serpientes ya estaban todas en el centro de la calle, rodeadas por las mujeres. Estas se movieron hacia un lado deslizando los pies y sacando el trasero hacia fuera (y Jaqe se preguntó si llevarían faja). Cuando todas las serpientes estuvieron agrupadas, las mujeres interrumpieron el traqueteo. Se quedaron inmóviles durante un instante, con tan solo un ligero balanceo de caderas y hombros. Y entonces abrieron los bolsos y sacaron... ¿figuras de cartón? No, eran pasteles. Pequeños pasteles con forma de persona, con los brazos y piernas extendidos, igual que los dibujos de las galletas de mazapán del cuento infantil de la bruja y su horno gigante.

Las serpientes atraparon los pasteles con la boca y se dirigieron de vuelta a la alcantarilla. Jaqe se preguntó qué es lo que harían con ellos. ¿Los desmigajarían con los colmillos o se los tragarían de golpe? Una vez que todas las serpientes se hubieron marchado, dos de las mujeres sacaron unos trozos de tiza y empezaron a dibujar en la calzada igual que las niñas cuando pintan una cuadrícula para jugar a la rayuela: una línea a lo largo del centro de la calle y muchas líneas cortas transversales. Cuando las dos mujeres terminaron, otras dos esparcieron algo por el suelo alrededor del círculo más externo. «Guijarros —pensó Jaqe—, o a lo mejor sal de roca.» Antes de que pudieran hacer nada más, se oyó un ruido procedente del final de la manzana, y las luces de un coche de la policía doblaron la esquina de Mapleleaf Drive. Las mujeres se miraron las unas a las otras, visiblemente sorprendidas. Jaqe se percató de que algo había salido mal. Nadie tenía que haberlas molestado. Por eso se habían apagado todas las luces. Pero ya era demasiado tarde para arreglarlo. Antes de que las luces del coche patrulla las alcanzaran, echaron a correr atravesando el césped de la casa de Terry Santorini y subiendo luego por Ashgrove Road. Jaqe estaba tan ocupada mirándolas, que no se percató de que el coche patrulla estaba frenando a su espalda. Y solo cuando el coche se detuvo, cayó en la cuenta de lo raro que tenía que resultar verla allí, agachada detrás de un árbol en mitad de la noche. Se apresuró a entrar en la casa y cerró la puerta. Se quedó inmóvil con el



corazón latiéndole desbocado, temiendo que los policías se acercaran y llamaran a la puerta. Por fin los oyó alejarse.

Una vez arriba, Jaque tocó el hombro de Laurie y susurró su nombre.

—Despierta —le dijo.

—¿Eres tú, mi amor? Yo también te quiero —murmuró Laurie, y se dio media vuelta.

Jaque volvió a alargar la mano, dudó y luego la dejó caer. Se dio cuenta de que no se lo quería contar a Laurie, aunque no estaba segura de por qué. Es posible que pensara que Laurie no iba a creerla. O que se lo quisiera guardar para sí misma. O que tuviera que guardarlo en secreto.

Cruzó el pasillo y entró en su propia habitación, donde se sentó en la cama. Miró sus libros e hizo una mueca. Lo último que le apetecía hacer era estudiar. Cerca del pie de la cama estaba tirado un álbum de fotos, con fotos suyas de cuando era niña. Sonrió, acordándose de cómo Laurie se había reído y luego la había besado cuando llegaron a la fotografía de Jaque vestida con un tutú, con los pies cruzados y los brazos por encima de la cabeza. Abrió el álbum y se vio a sí misma tumbada de costado en una cuna rosa, con un chupete metido en la boca y la mano en el trasero de una morsa blanca.

«Quiero un hijo», pensó Jaque. Sorprendida, levantó la mirada hacia la ventana, como si alguien se hubiera colado en la habitación para hacer brotar esa idea extraña en su cabeza. Un hijo. La idea era ridícula. Ni siquiera había terminado el primer curso de la universidad. ¿Qué demonios iba a hacer con un hijo? ¿Sentárselo en las rodillas y hacerle el caballito en la clase de Literatura Francesa? ¿Y de dónde demonios iba a sacar un hijo? Las mujeres que aman a otras mujeres no se quedan embarazadas. «El método más seguro de control de la natalidad jamás inventado», había señalado Louise en una ocasión. Es cierto que algunas tenían hijos, pero generalmente eran de antes del comienzo de su carrera como mujeres lesbianas.

—Esto es ridículo —dijo en voz alta, y luego cerró el álbum de fotos.

Cuando lo dejó, sintió unas tremendas ganas de llorar. Tenía la emotividad a flor de piel. Y esas extrañas mujeres tenían algo que ver con ello. Se incorporó de un salto y miró por la ventana. Luces. Las farolas volvían a funcionar, e incluso alcanzó a ver luces en una o dos casas situadas en puntos más altos de la colina. Más gente levantada tarde con ideas descabelladas.

Jaque regresó a la habitación de invitados, donde se desnudó y se deslizó dentro de la cama. Con cuidado, rodeó los hombros Laurie con el brazo y se apretó contra su espalda. «Te quiero —pensó—, te quiero



muchísimo.» Aunque, justo antes de dormirse, la idea de antes le volvió a la cabeza acompañada por la estupefacción: «Un hijo. Un bebé».

Por la mañana, Jaque salió sigilosamente a la calle antes del desayuno. Allí estaba, el dibujo que parecía hecho por algún niño. Se veía difuminado, como si llevara semanas allí en lugar de solo unas pocas horas. Durante un instante se preguntó si no lo habría visto algún otro día de esa semana y luego habría soñado el resto. Se agachó. Parecía un árbol, de alrededor de un metro de alto, con un tronco central atravesado por nueve ramas. En la parte superior, el tronco se ramificaba y hacía pensar en algo parecido a una cabeza o un rostro. De repente, Jaque metió la mano en el bolsillo para buscar la piedra que había recogido en la calle el día anterior. No estaba segura, era posible que su imaginación se estuviera precipitando, pero el dibujo de la calle se parecía mucho al árbol que había visto en la piedra. Examinó de nuevo la piedra, la maraña de raíces de la parte inferior. Cuando volvió a mirar la calzada, se percató de que había debido de pasar un coche por encima de las raíces, puesto que casi no se distinguían. Se agachó para mirarlas más de cerca. Parecían círculos o una espiral. Y, hasta que no fue siguiendo con el dedo el dibujo, no reconoció la sinuosa ruta de un laberinto. Su mano se apartó de un brinco igual que una rana. «Madre Noche», susurró.

Para desayunar había tortitas, algo que la madre de Jaque llevaba años sin hacer. Después del desayuno, el Sr. Lang le ofreció a Laurie las llaves del automóvil de su mujer y le sugirió un par de lugares de interés histórico que a lo mejor le podía apetecer visitar.

—Es que nos gustaría hablar con nuestra hija —dijo el Sr. Lang.

—Y no nos parece bien que te tengas que quedar dando vueltas a la manzana —añadió su esposa.

—Vale, gracias —repuso Laurie, y, tras lanzar las llaves al aire, le preguntó a Jaque—: ¿Y bien?

—No me importa —dijo Jaque—, si a ti no te importa.

—En ese caso...

Laurie se metió las llaves en el bolsillo y se dirigió a la puerta silbando *Oh, Susana*.

—Por cierto —dijo la Sra. Lang—, ¿sabes utilizar una palanca de cambio?

—Por el amor de Dios —le dijo su marido—, por supuesto que sabe qué hacer con una palanca. —Se sonrojó¹—. Lo quería decir es que si sabes...

—No pasa nada —repuso Laurie. A mitad de camino de la puerta se giró y dijo—: Jaque, te quiero.

Saludó con la mano a los padres de Jaque y salió por la puerta.

¹ La palabra inglesa «stick» significa tanto «palanca de cambio» como «porro».

(Nota de la Traductora)



Los que llevaron la voz cantante en la conversación fueron los padres de Jaque, que le hablaron de actos contra natura; de cómo el papel del hombre y de la mujer se complementan a la perfección; del peligro para su estatus en la comunidad; de la posibilidad de recibir ayuda psiquiátrica y religiosa; de que la futura carrera de Jaque corría peligro; de que sus perspectivas de matrimonio corrían peligro; de los peligros para su salud, incluidos el cáncer cervical y de pecho (y Jaque se acordó de Louise en un debate estudiantil gritando: «El cáncer lo causan los penes»); de lo agradable que era Laurie y de cómo le deseaban lo mejor; de que Jaque no le estaba haciendo ningún bien a Laurie; del patetismo de aquellos que no se pueden ayudar a sí mismos comparado con la esperanza de aquellos que sí pueden, y, finalmente, de diversos grandes villanos de la historia que eran hombres que amaban a otros hombres. Jaque habló muy poco porque apenas se le ocurría nada que decir. Laurie, o Louise, les hubiera rebatido cada uno de sus puntos (o se hubiera marchado dando un portazo), pero Jaque sabía que ninguna de esas calamidades tenía nada que ver con ella. Tan solo intervino un par de veces para explicar que Laurie y ella estaban tan seguras de su amor que no necesitaban la ayuda de un profesional, y que no se llamaba Jacqueline sino Jaque. El resto del tiempo se sintió como si estuviera mirando desde el césped un tiovivo girando a toda velocidad. Y tan solo hubo un momento en que un caballo llegó a rozarla.

—Sabes que siempre hemos querido tener nietos —dijo su madre, y cogió un pañuelo de papel limpio.

Jaque bajó la mirada hacia el suelo.

—Creo que soy un poco demasiado joven —repuso.

—Por supuesto, por supuesto —intervino su padre—. No queremos que te quedes embarazada ya mismo; pero si ahora adquieres malas costumbres... —Y dejó que su voz se apagara mientras la miraba amenazadoramente.

Jaque se obligó a mirarle.

—¿Te refieres a que cuando llegue el momento no seré capaz de dejarlas?

—A veces —dijo su madre—, empezamos algo, que puede parecer una aventura...

—O una rebelión —intervino su padre.

—O una rebelión —repitió su madre—. Y luego, cuando ya hemos cometido un error, ya es demasiado tarde. Es decir, nos parece que es demasiado tarde. En realidad nunca es demasiado tarde, pero nos sentimos... nos sentimos avergonzados.

—U obstinados —añadió el padre de Jaque.



Jaqe agradeció volver a pisar tierra firme.

—Laurie no es un error —replicó.

Pero sus padres no la estaban escuchando, porque habían pasado a hablar de asuntos tales como la justificable ira social y lo difícil que era encontrar un hombre lo suficientemente generoso como para que olvidara el pasado.

—Los hombres son solo seres humanos —le aseguró su padre.

Laurie regresó con un puñado de flores arrancadas del jardín de la casa donde había pasado su infancia un famoso gobernador.

—Para usted —le dijo con una pequeña reverencia a la Sra. Lang, la cual, tras mirar a su marido, cogió las flores nerviosamente, como si el ramillete pudiera hacer que le saliera un sarpullido. Una vez se hubo desprendido de las flores, Laurie se dirigió hacia Jaqe y le cogió las manos—. ¿Estás bien?

Jaqe le sonrió.

—Claro que estoy bien. Son mis padres.

Al mirarle el rostro, Jaqe pudo leer los sentimientos de Laurie tan claramente como si esta los hubiera etiquetado: preocupación, rabia ante la posibilidad de que hubieran hecho daño a Jaqe, deseo de rescatarla como si fuera una princesa prisionera en una montaña de cristal, vergüenza por haber abandonado a la princesa con los malvados rey y reina, miedo de que los padres de Jaqe la hubieran podido volver en su contra, irritación y temor ante su propia impotencia si alguna día Jaqe decidía abandonarla... Jaqe deseó que Laurie y ella pudieran intercambiar sus corazones, de forma que cada uno de ellos latiera en el pecho de la otra: la prueba de que nada podría separarlas jamás.

—Te quiero —dijo, y dio un paso adentrándose en el edén de los brazos de su amada.

Jaqe conoció a los padres de Laurie el fin de semana de la graduación, cuando el Sr. y la Sra. Cohen y la hermana pequeña de Laurie, Ellen, llegaron en su coche para la ceremonia. Jaqe estaba encantada por lo bien que habían congeniado todos, sobre todo después de la pelea que había tenido con sus propios padres cuando les había dicho por teléfono que no iba a ir a casa, al menos no hasta después de la graduación de Laurie. Todo resultó muy fácil. El padre de Laurie le estrechó la mano, la Sra. Cohen la besó en la mejilla y luego le limpió el lápiz de labios con un pañuelo de papel perfumado, y Ellen le dijo: «Eres mucho más guapa que la última», comentario que hizo reír con ganas al Sr. Cohen y con el que se ganó una amonestación de la Sra. Cohen: «Ellen, no pongas en evidencia a tu hermana». Después de la ceremonia, todos posaron del brazo



para las fotografías, con Laurie y Jaque en medio, Ellen delante cogiendo la mano de Laurie, la Sra. Cohen rodeando con el brazo la cintura de su hija y el Sr. Cohen pasándole a Jaque un brazo por los hombros. La siguiente semana, cuando los padres de Laurie enviaron copias de las fotos, Jaque puso la fotografía familiar en un marco de cristal encima de la nevera. Pasó mucho tiempo (un año y dos meses) antes de que comprendiera por qué la fotografía hizo enfurecer tanto a Laurie.

—¿Qué coño está haciendo eso ahí? —le gritó Laurie.

—Pensé que te gustaría —contestó Jaque.

—Pues te has equivocado.

—Pero es que es tan mona...

Laurie casi estaba temblando cuando señaló la fotografía.

—¡Quita esa jodida foto!

Y se marchó del cuarto hecha un basilisco. Más tarde, cuando Jaque le preguntó por la fotografía, Laurie dijo: «Es que no me gusta que esté ahí, ¿vale?».

Sin embargo, ese soleado día de junio, Jaque no sabía nada de la ambivalencia de Laurie hacia su familia. De hecho, se sintió aliviada al ver que resultaban ser tan agradables como Laurie le había dicho. Tras sus intentos por alcanzar la armonía con sus propios padres, había empezado a sentir pavor al pensar en el momento de conocer a los Cohen y había tomado el que estuvieran a varios cientos de kilómetros como una bendición que Dios le había otorgado en secreto. «Mis padres no son así. Espera a conocerlos», decía Laurie continuamente. Y algunas socias del CCT lo corroboraban. «Los padres de Laurie son verdaderamente especiales», decían, y contaban cómo una vez que Laurie había llevado a cinco de ellas a su casa por Navidad, habían podido dormir juntas y cogerse de la mano en el salón. Y cómo una vez que los padres de Laurie habían ido al campus, la Sra. Cohen las había acompañado a un bar de lesbianas para ver cómo era. «No desentonaba lo más mínimo —contó alguien—. Bueno, veías que era hetero, pero a pesar de ello no desentonaba nada. Incluso bailó con un par de mujeres.» Y la propia Laurie le contó a Jaque cómo en una ocasión había seducido a una chica de su pueblo y el padre de la chica había ido a casa de Laurie cuando las dos estaban en la cama juntas en el piso de arriba. Laurie y Gail se habían abrazado atemorizadas mientras escuchaban la discusión.

—¿Tiene idea de lo que están haciendo ahí arriba mientras usted mira la televisión o lo que coño sea que esté haciendo con la cabeza escondida como un avestruz? —había preguntado el padre de Gail.

—Pasarlo bien —había contestado el padre de Laurie.



—¡Pasarlo bien! —había gritado el otro—. ¿Está usted loco? La pervertida de su hija...

Y en ese momento, el Sr. Cohen había echado al hombre del umbral con un empujón y había cerrado de un portazo.

El padre de Laurie era peluquero y tenía tres salones de belleza, uno de ellos especializado en tratamientos y peinados para negros. Cuando Jaqe se enteró de cuál era la profesión del Sr. Cohen se preguntó qué conclusiones sacarían sus padres. ¿Pensarían que Laurie había heredado su inclinación hacia las costumbres propias del sexo opuesto? ¿O tal vez que al Sr. Cohen le hubiera gustado tener un hijo mariquita y para compensar su decepción había educado a su hija para que fuera tortillera? Pero tal como Beth, la vicepresidenta de la UEL, había dicho, en realidad Bill Cohen no era mariquita. Cuando Jaqe lo conoció en la graduación se encontró con un hombre corpulento de hombros fuertes, con una ligera barriga, musculoso aunque un poco (pero solo un poco) entrado en carnes, con un rostro de facciones duras aunque un poco abotargado, sobre todo alrededor de los ojos, y unas manos que parecían demasiado grandes para enrollar el pelo alrededor de los rulos. Recordaba un poco a un jugador de fútbol profesional que, tras retirarse, se hubiera dedicado a las relaciones públicas.

—Llámame Bill —le dijo a Jaqe cuando Laurie los presentó—. Bill y Jaqe. Suena como si ya fuéramos un equipo.

—Y yo soy Janet —dijo la madre de Laurie.

Janet era la elegancia burguesa personificada, con su falda plisada inarrugable y su *blazer* entallado (verde pálido, para celebrar el comienzo del verano), su blusa color crema que nunca había conocido el sudor y sus zapatos de salón verdes de tacón medio con una franja dorada entre el tacón y el cuerpo del zapato. Convertido por el moldeado en un paisaje de suaves colinas y valles, su pelo no daba ninguna pista sobre su forma natural. Jaqe se preguntó si lo habría diseñado el propio Sr. Cohen o si él estaría tan ocupado que la tendría que dejar en las manos de quienquiera que fuera el genio que estuviera al frente del buque insignia de su pequeña flota. («Marcel —le diría—, esta es la Sra. Cohen, trátala lo mejor que puedas.») O a lo mejor Bill mantenía vivas sus viejas habilidades practicando con su mujer, por si acaso algún joven innovador le desafiaba a que demostrara que todavía seguía teniendo mano. ¿La peinaría antes de hacer el amor? A lo mejor se ponían unas vestiduras especiales, como un rey y una reina, o una sacerdotisa y un esclavo. A lo mejor él se ponía un taparrabos. «Basta ya», se advirtió Jaqe. Si seguía así iba a empezar a reírse e iba a tener que inventarse una excusa cuando le preguntaran de qué se reía.



Al igual que su cabello, la voz de Janet no daba ninguna pista sobre su naturaleza original. Era suave, grave, y subía y bajaba como un arroyo fluyendo por un elegante jardín.

—Me alegro mucho de conocerte —le dijo a Jaque.

Más tarde, cuando vieron el apartamento de Laurie limpio y con mobiliario nuevo, Janet se rió y dijo:

—Ahora sí que sé que eres la persona ideal para Laurie. ¿Estás segura de que no tienes escondida por ahí una varita mágica?

Jaque se dio cuenta de que le gustaba la voz de Janet, de que le gustaba oír-la sin importarle demasiado lo que dijera. No obstante, se descubrió preguntándose cómo sonaría Janet si alguien le pisara el pie.

La hermana de Laurie tenía catorce años, pero aparentaba menos. Vestida con un vestido blanco y zapatos rosa de tacón minúsculo, tendía a quedarse en silencio detrás de su madre. Su padre le rodeó los hombros con el brazo varias veces mientras hablaba con Laurie y Jaque. Y, aunque en alguna ocasión Ellen levantó la vista y sonrió, la mayor parte de las veces continuó mirando el suelo. Laurie le dijo más tarde que su padre describía a Ellen como «un accidente, pero no una catástrofe».

La ceremonia de graduación se celebró en el campo de béisbol. El estrado para los oradores le recordó a Jaque el del Baile de la Rana, y, de hecho, tanto el rector como el estudiante que leyó el discurso de despedida mencionaron tanto «la triunfal búsqueda», tal como uno de ellos lo expresó (probablemente el estudiante, aunque Jaque no se acordaba), como la «triste y prematura muerte» del presidente de la universidad, el Sr. Benson. Durante las dos horas de la ceremonia, Jaque estuvo sentada con la familia de Laurie en las sillas de plástico gris, rodeada por cientos de personas aburridas y hambrientas. Ni siquiera veía a Laurie, puesto que todos los graduados estaban sentados en las primeras filas, y lo único que se alcanzaba a ver eran togas y birretes negros.

Los oradores hablaron y hablaron interminablemente: los estudiantes más destacados, algunos altos cargos de la universidad y un subsecretario de algo del gobierno. Hubo premios, falsos doctorados (honoris causa), conmemoraciones... «Pobre Laurie, metida en ese traje tan caluroso... Y pobre yo», pensó Jaque, mientras luchaba por mantenerse despierta. Empezó a garabatear en su programa: círculos, espirales, monigotes hechos con palotes que se perseguían unos a otros subiendo y bajando montañas. En una página en blanco dibujó una línea vertical ondulada y luego un par de líneas que la atravesaban. En la parte de arriba, pintó un arco invertido, como un cuenco o la mitad inferior de un rostro. En la parte de abajo dibujó una serie de semicircunferencias, con líneas que



iban de unas a otras. Y hasta que no terminó, Jaque no reconoció el árbol que las mujeres habían dibujado con tiza en la calle de sus padres. El árbol y el laberinto. Agarró fuertemente el programa con ambas manos. ¿Dónde estaba la piedra? ¿Qué había hecho con ella?

—¿Te encuentras bien? —le susurró Janet. Jaque la miró—. Estabas gimiendo.

—¿Cómo? Oh, lo siento. Estoy bien.

—¿Estás segura? —La Sra. Cohen le apretó la mano un instante—. A lo mejor te conviene ir a buscar un poco de sombra.

—No, de verdad —repuso Jaque—. Lo único es que cuesta mantenerse despierta.

La Sra. Cohen hizo un gesto afirmativo con la cabeza y volvió a mirar al orador que estaba hablando en esos momentos. Jaque esperó un instante y luego se giró en su asiento, como si se aburriera y estuviera buscando algo con lo que entretenerse. Examinó la multitud, los rostros de las mujeres, las ropas, buscando una cabellera pelirroja o un sombrero ancho. Miró hacia delante, pero con tantas cabezas resultaba difícil distinguir algo. «Estará en la parte de atrás, no le pega sentarse delante», se dijo. Y cuando dirigió la mirada hacia más allá de la multitud, fue cuando la vio. Allí, entre una fila de coches VIP aparcados en la calle que corría paralelamente al borde del campo, estaba la limusina, azul oscuro, no negra como le había parecido la noche del baile. Vestida con un pantalón bombacho rojo sujeto en los tobillos y con una chaqueta de seda dorada con hombreras, Madre Noche estaba apoyada contra su coche. Llevaba una especie de boina rosa demasiado grande y el terciopelo arrugado caía enmarcándole la parte izquierda del rostro. Levantó el brazo y le dirigió un ligero saludo a Jaque. En ese momento, la brisa le revolvió el cabello que se alzó de sus hombros igual que unas alas.

—Disculpadme —le dijo Jaque a Janet y comenzó a avanzar pasando por encima de los pies de la gente.

Janet le agarró la mano.

—¿Estás bien?

—Sí —contestó Jaque—. Es que he visto a una antigua... a alguien que conozco.

Liberó su mano con suavidad y continuó avanzando por la fila. ¿Por qué se habría tenido que sentar en medio? ¿Por qué no podía apartarse la gente? «Disculpe. Lo siento», fue repitiendo. Justo cuando llegaba al final de la fila vio a Madre Noche entrar en la parte de atrás de la limusina. El coche se deslizó lentamente por la carretera, el ruido del motor ahogado por la voz procedente de los altavoces. «Ambición y responsabilidad —



estaba diciendo la voz—, que necesariamente tienen que formar pareja en el baile de las oportunidades éticas.»

—No —dijo Jaque—. No.

—¿Puedes callarte, por favor? —le dijo una mujer.

Jaque dio un respingo.

—Lo siento —se excusó, y comenzó a arrastrarse de vuelta hacia su asiento.

Durante el resto de los discursos, Jaque siguió intentando localizar la espalda de Laurie, el porte de sus hombros, la ligera inclinación hacia la izquierda de su cabeza. Cuando el presidente en funciones de la escuela empezó a entregar los diplomas, Jaque recorrió con el dedo la lista de nombres del programa, furiosa por lo lentamente que se movían todos, porque todos se tenían que detener y estrechar la mano del maldito presidente en funciones. Y por fin le llegó el turno a Laurie. Se encontraba bien, no le pasaba nada: bien erguida, ni con dolores ni a punto de desmayarse; estaba bien, estaba bien.

—Está guapísima —susurró Janet, y se limpió la nariz con un pañuelo de papel.

—Oye, ¿habéis visto eso? —dijo Bill—. Le ha guiñado el ojo. ¿Os lo podéis creer?

«Se encuentra bien», pensó Jaque.

Durante el resto del día y la noche, Jaque no dejó de observar a Laurie, buscando síntomas de enfermedad o de intoxicación alimentaria. Mientras iban en el coche al restaurante (donde no dejó que Laurie pidiera almejas) y luego al motel de los Cohen, Jaque fue vigilando todos los cruces, todos los coches, buscando conductores borrachos, adolescentes imprudentes e incluso cristales rotos que pudieran destrozar el espejismo de unos neumáticos sólidos. No se tranquilizó hasta las once, cuando Laurie puso el último telediario del día. Porque fue entonces cuando se enteró de que media hora después de que se hubieran marchado de la universidad, una amante despechada del subsecretario había irrumpido en la cena oficial ofrecida por el rector, y cuando todos los invitados estaban brindando con champán por la universidad, había sacado una pistola que le había dado el subsecretario y le había disparado dos veces en el pecho y otra en la cara.

—Gracias a Dios —murmuró Jaque, y corrió al cuarto de baño para llorar donde nadie la pudiera verla.



TRES

LA MUJER PÁJARO

Laurie se fue a hacer los cursos de posgrado a una universidad situada a orillas de un lago de aguas ponzoñosas. Por aquel entonces, en el país donde vivía Laurie existían numerosas masas de agua contaminada, y mientras unos escribían libros y firmaban peticiones exigiendo que se purificara el agua, otros continuaban vertiendo veneno en los lagos y ríos, como si fueran la mano ejecutora de alguna antigua maldición. En invierno, el lago junto al que estaba la universidad de Laurie se helaba, y los coches y camiones podían cruzarlo. Tradicionalmente, los hombres de la zona habían hecho agujeros en el hielo y construido cobertizos donde podían sentarse por las tardes y atrapar peces para su familia. El estado intentó prohibir la pesca en el hielo, porque los peces se habían contaminado junto con el agua, pero había demasiadas familias que dependían de esos peces para salir adelante durante el invierno, cuando los gastos de calefacción se comían una parte muy importante del presupuesto familiar.

Una tarde, ya avanzado noviembre, la profesora de Laurie de la asignatura La espiritualidad femenina y la revolución neolítica se puso al frente de la clase en un ritual, una «representación», tal como la llamó ella, para sanar el lago. «Los ríos son las venas y las arterias de la Madre Tierra», explicó a la clase. También les había dicho que los lagos eran los ojos de la Diosa, una contradicción que nadie se atrevió a señalar. «La Diosa ama las contradicciones», había afirmado en una ocasión. La representación consistió en entonar una salmodia cogidas de las manos (enguantadas) mientras caminaban de lado por la orilla del lago, dibujar símbolos de protección en la nieve con ramas ahorquilladas, invocar a los espíritus de los vientos para que sanaran las aguas y, finalmente, suplicar el perdón de la Señora del Lago. Al finalizar, la profesora derramó una botella de agua destilada sobre el hielo.

Cuando las demás se encaminaron hacia sus coches, Laurie se quedó y miró hacia el lago. Siempre había dado por hecho que un lago helado sería transparente hasta el fondo, o tal vez blanco y resplandeciente. Pero en realidad, si apartaba la nieve con el pie, el hielo parecía casi negro. Levantó la mirada y observó la hilera de cobertizos a unos doscientos metros de la orilla. Vio una furgoneta aparcada junto a uno de ellos. Cuando entrecerró los ojos para que el sol no la deslumbrara, vislumbró unas volutas de humo por encima del techo del mismo. «Alguien debe de tener



una estufa —pensó—, o incluso una pequeña fogata.» Suspiró. A Jaqe le hubiera encantado si hubiera estado allí: todo un lago helado tan sólidamente que se podía aparcar una camioneta encima y encender un fuego. Sonrió. ¿Qué le habría parecido a Jaqe el ritual? Probablemente se hubiera reído. A veces... a veces, cuando pensaba en Jaqe, le costaba respirar, y sentía como si tuviera las entrañas revueltas. Dejó escapar un ruido. Ni siquiera tenía que pensar en Jaqe. A veces, cuando estaba sentada en clase o en la biblioteca, o cuando se despertaba en mitad de la noche, algo se retorció en su interior, y entonces se le paraba la respiración y tenía que obligar al aire a entrar en sus pulmones. Justo unos días antes había estado leyendo un artículo sobre padres que...

Laurie se estremeció y luego sacudió la cabeza para quitárselo de la memoria. Odiaba sentir esa sensación extraña. Y en cuanto se le pasaba, intentaba no pensar en ello. Inhaló profundamente el aire frío, agradecida de que penetrara hasta el fondo sin tener que luchar.

—¡Eh, Laurie! —la llamó una de sus compañeras—. Vamos, que aquí hace un frío que pela.

—Marchaos —gritó Laurie—. Yo volveré luego.

Movió los dedos de los pies dentro de sus botas para la nieve acolchadas. Le dolían un poco, igual que la cara y los dedos de la mano, pero no parecía que nada corriera peligro de congelarse. Se alegraba de haber pedido prestado un coche para ese día, aunque sabía que tenía que volver antes de que anocheciera, porque si no la batería podría congelarse.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó su compañera.

Laurie se rió.

—Voy a caminar sobre las aguas.

La superficie del hielo era irregular y estaba cubierta de nieve, por lo que le resultaba difícil saber dónde pisaba. Alcanzar el cobertizo le costó veinte minutos y varias caídas. Desde el interior llegaba el sonido de una estación de radio local. El pinchadiscos estaba diciendo algo sobre «serenidad» y «descanso eterno», y Laurie cayó en la cuenta de que estaba anunciando una funeraria. Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Volvió a llamar.

—¿Qué coño...? —llegó una voz de hombre—. ¿Hay alguien?

Laurie empujó la puerta de madera contrachapada y se asomó.

—Hola... —saludó.

—¡Joder! —dijo el hombre, y sonrió—. Pasa. Pensé que eras un fantasma o algo así.

Con la mano derecha sujetaba un sedal que desaparecía por un agujero de aproximadamente un pie de diámetro que había en el hielo. En la



mano izquierda tenía una botella de cerveza. Estaba sentado en un taburete. A su lado había una caja de botellas de cervezas, dos tercios de las cuales estaban vacías. Junto a la pared del fondo, una pequeña estufa de queroseno llenaba el cobertizo prefabricado de calidez y olor a petróleo. Encima de la estufa, una ventana de plástico dejaba entrar el sol. Cerca de la puerta había un cubo con agua medio lleno de peces pequeños.

—Soy Eugene —dijo el hombre y alargó la mano para apagar la radio—. ¿Una cerveza? Pilla una. Yo no puedo soltar el sedal. —Y lo subió y bajó un par de veces a modo de demostración.

Laurie cogió una cerveza de la caja.

—Gracias —dijo—. Yo soy Laurie.

—Encantado de conocerte, Laurie —dijo Eugene. Su sonrisa se hizo más amplia—. Siento no tener una silla para ofrecerte. No recibo demasiadas visitas. A decir verdad, tú eres la primera. Los que pescamos en el hielo no somos demasiado dados a alternar. ¿Eres de la universidad?

Laurie movió la cabeza afirmativamente mientras se sentaba en el borde de la caja. De pronto fue consciente de sus botas bermellón y de su chaqueta acolchada de nailon. Eugene llevaba una chaqueta de lana a cuadros y en la cabeza una gorra a juego echada hacia atrás. Aunque no aparentaba más de treinta y cinco años, tenía el pelo manchado de gris.

—Oye, ¿por qué no sacas todas las botellas y le das la vuelta a esa cosa? —le propuso Eugene—. Prepárate un asiento en condiciones. —Y cuando Laurie empezó a sacar las botellas de cerveza, le dijo—: Pon las llenas a este lado, ¿vale? Te echaría una mano, pero... —Sacudió la mano que sujetaba el sedal.

Laurie estuvo sentada con Eugene más de dos horas, durante las cuales este pescó seis peces (eperlanos, les llamó). Por primera vez desde que se había separado del lado de Jaque, Laurie se sintió relajada, en lugar de enfadada, deprimida o asustada. Cuando le dijo a Eugene que estaba haciendo un curso de estudios de la mujer, recibió la respuesta previsible: «Estudiando a las mujeres, ¿eh? ¿Crees que yo me podría apuntar?». Pero por algún motivo no le molestó, no como cuando lo decía su padre. Pensó en su asignatura sobre deconstrucción del discurso patriarcal y luego en la mujer de Eugene friendo los eperlanos envenenados que este llevaría a casa del lago.

A mitad de su segunda botella de cerveza, a Laurie le pareció que podía estar metida en un lío.

—¿Tienes novio, Laurie? —le preguntó Eugene.

«Díselo —pensó—. No te andes con tapujos.» Movi6 la cabeza negativamente.



—No, novia —respondió, y bebió otro trago de cerveza.

Eugene asintió con la cabeza, igual que un doctor en un anuncio televisivo.

—Novia —repitió. Su máscara de erudito se deshizo en una sonrisa—. Con que estudios de la mujer, ¿eh? —Laurie se rió—. Una prima mía estudió eso mismo. Y sus ligues eran increíbles. No es que fueran guapas. Es que algunas chicas eran espectaculares. ¿Es bonita tu novia?

—Más bonita que el final del invierno —respondió Laurie.

Con la siguiente botella de cerveza, Eugene le preguntó:

—¿Tú crees que hemos vivido otras vidas anteriormente?

—No lo sé —repuso Laurie—, pero muchos de mis amigos sí que lo creen.

—Un primo mío aprendió cómo hacer ese rollo de la regresión. Es fácil. Te tumbas, si quieres fumas un poco de hierba, cierras los ojos y, de repente, estás en Egipto o en algún otro lugar. Y además es mejor que la televisión. —De un tirón sacó del agua el sedal, que llegó acompañado por un pez. Sin dejar de hablar, lo puso en el cubo, enganchó en el anzuelo otro pedazo de cebo y volvió a lanzar el sedal al agua—. Mi favorito era un pirata, que les robaba a los ricos. Aunque, claro, a veces puede resultar bastante desagradable. En una ocasión incluso fui un abogado. Y tuve pesadillas durante semanas.

Cuando había estado sentada con Eugene, Laurie se había prometido estudiar después de la cena; pero, en lugar de ir a la biblioteca, le escribió a Jaqe una larga carta. Y cuando ya no se le ocurrió nada más que escribir, dibujó una tira cómica en la que las dos corrían a abrazarse, a través de tormentas y llamas. Para cuando terminó, la biblioteca ya estaba cerrando. Se fumó lo que le quedaba de un porro que había estado reservando y se tumbó en la estrecha cama de la residencia. «A una vida anterior —pensó—, transportarme a una vida anterior.» Pero en lugar de eso, se quedó dormida. Soñó que iba en una moto de nieve, de noche por un bosque, zigzagueando por entre los árboles mientras los pájaros pasaban por delante de los faros, visibles únicamente en el instante en que atravesaban los haces de luz. De pronto salió del bosque y se encontró en el lago. A ambos lados de la moto, grandes chorros de nieve salían despedidos hacia lo alto. Otras motos de nieve no tardaron en unírsele: una larga fila de mujeres inclinadas hacia delante, con la boca expuesta al viento. A lo lejos vislumbró algo alto y brillante, como un espejismo de una torre. Al acercarse, vio una mujer con un vestido suelto que se agitaba contra su cuerpo. Laurie y las demás apagaron los motores y dejaron que



las máquinas se deslizaran lentamente hacia ella. Y hasta que las otras no desmontaron sobre el hielo, no reconoció a Madre Noche. A sus pies, muertos, yacían los pájaros del bosque.

El sueño cambió y Laurie se encontró sentada en una silla en el hielo, pescando por un agujero. El sedal dio una sacudida, y ella tiró y sacó una carpa de un oscuro tono dorado.

—Si me sueltas, te concederé tres deseos —dijo el pez.

—Quiero irme a casa —pidió Laurie—. Solo quiero irme a casa. —Y se descubrió en casa de sus padres, sentada a la mesa a la hora de la cena, con su padre a su lado rodeándole los hombros con el brazo—. No. No me refería a esta casa, sino a la mía. Quiero cambiarlo. Quiero mi segundo deseo. ¡Deprisa!

Pero en ese instante su madre llevó una bandeja metálica a la mesa. En ella estaba el pez, recubierto de salsa verde, con solo la boca y los ojos muertos al descubierto.

El siguiente miércoles, Laurie faltó a su seminario y tomó prestado el coche de un amigo para ir hasta el lago. Durante media hora buscó por entre los cobertizos, pero Eugene debía de haber pescado lo suficiente para ese invierno, porque su refugio prefabricado había desaparecido.

Laurie vivía en una habitación que parecía a una celda en una residencia para estudiantes solteros. Le resultaba extraño estar viviendo de nuevo en una residencia, pero sin Jaque no le veía demasiado sentido a buscar una vivienda propia. Algunos de los estudiantes masculinos estaban casados y vivían con sus esposas en los apartamentos de tres habitaciones que alquilaba la universidad. Laurie se preguntaba si aceptarían a una pareja lesbiana en las mismas condiciones. Aunque todas las esposas trabajaban, normalmente en la universidad como administrativas, y lo último que quería Laurie era que Jaque trabajara para ella.

—Podría trasladarme aquí —propuso Jaque durante un puente que pasaron juntas—. Todas las universidades son iguales. Y estaríamos juntas.

—Claro —repuso Laurie—, y tus padres continuarían pagando tu matrícula si te vienes aquí solo para estar conmigo.

—No necesito su dinero. Podría buscar trabajo. O ampliar mi crédito para estudios.

—No quiero que trabajes. Y bastante vas a tardar en pagar el crédito que tienes ahora mismo.

Y Laurie continuó diciendo que podía terminar el período lectivo enseguida y regresar a la ciudad mientras escribía su tesis, y que tendrían los veranos y las vacaciones, y que Jaque podría visitarla los fines de sema-



na. Tardó mucho tiempo en darse cuenta de que no quería que Jaque fuera a vivir con ella porque entonces ya no podría soñar con volver a casa.

Durante los meses en que Laurie estuvo fuera, Jaque continuó viviendo en su apartamento, consolándose con el hecho de que Laurie había vivido allí durante dos años enteros antes de que ella la conociera. A veces respiraba profundamente y pensaba cómo Laurie había respirado ese mismo aire; cómo, dondequiera que pisara, Laurie había caminado por ahí. Incluso en una ocasión se le pasó por la cabeza buscar a todas las antiguas amantes de Laurie, o al menos a aquellas con las que Laurie había vivido en el apartamento, y dar una fiesta. Louise le quitó la idea de la cabeza. «Te aseguro que con ideas como esa no vas a ganar el premio a la Bollera del Año», le había dicho. Oficialmente, Jaque continuaba viviendo en la residencia con Louise, porque, cuando Jaque le había dicho a sus padres que no tenía sentido que malgastaran el dinero, ellos habían insistido en que era su dinero y que lo malgastarían como quisieran. «No quemes las naves —le había dicho su padre—. Si cambias de opinión, allí tendrás tu cuarto.»

A Jaque le resultaba difícil no comparar sus padres con los de Laurie, sobre todo cuando pensaba en cómo los padres de esta estaban pagando el apartamento («así las dos siempre sabréis que tenéis vuestra propia casa», había dicho Janet). Jaque telefoneaba a la familia de Laurie algunas noches, o los fines de semana en los que ella y Laurie no podían reunirse. Ella y Janet hablaban de cuánto echaban de menos a Laurie, de lo preocupadas que estaban por ella, de cómo estaba perdiendo peso («sin tu comida casera», le dijo Bill) y de cómo, a veces, cuando iba a casa a visitarles, tenía el rostro un tanto cetrino. O bromeaban sobre lo pésima cocinera que era Laurie y sobre los dolores de cabeza que debía de estar dándoles a sus pobres y cándidos profesores.

Durante las vacaciones de invierno, Jaque y Laurie pasaron la mitad del tiempo en su apartamento y la otra mitad en casa de los padres de Laurie, en el pueblo natal de esta, Thorny Woods. Janet y Jaque preparaban cenas maravillosas todas las noches y Laurie se sentaba a la mesa sonriendo mientras desfilaban ante ella el pavo, las patatas asadas y los pasteles de calabaza. En dos ocasiones durante esas tres semanas, Jaque estuvo a punto de colgar el teléfono de un golpe a sus indignados padres.

—¡Por Dios!, ya te dijimos que podías traerla a casa contigo —le dijo a Jaque su padre—. ¿Qué más quieres?



Todos los conocidos de Laurie odiaban los cursos de posgrado, y no solo las mujeres que estudiaban a las mujeres, sino también las mujeres y hombres de Filosofía, Literatura Inglesa o Historia Europea. Odiaban el interminable trabajo que siempre iba de mal en peor, las jergas de los profesores, la atención que se prestaba a lo que escribían otros profesores sobre un asunto en lugar de al propio asunto, la insistencia en que todo el mundo enfocara las materias ajustándose al estilo del centro y, sobre todo, la petulancia de los profesores, a los que el odio de sus estudiantes les enorgullecía. «No estáis aquí para desarrollar vuestra sensibilidad —les decían—. Estáis aquí para convertirlos en profesionales.» Y les contaban historias sobre lo horribles que eran los cursos de posgrado, como la del hombre que, transcurridos varios años, había regresado a su universidad para dar una conferencia y había vomitado nada más entrar por la puerta.

Laurie llamaba a su programa el «Doctorado Apisonadora»: tras dos años de seminarios, una tanda de exámenes orales y escritos, y luego su tesis, que la universidad esperaba que terminara en un año. «Me siento como una gallina ponedora en una jaula en batería —le escribió Laurie a Jaque—. Encerrada en la biblioteca sacando adelante trabajos a trancas y barrancas con una bombilla encima de la cabeza.»

Laurie había creído que los estudios de la mujer iban a ser distintos. Sus profesoras afirmaban con frecuencia que ellas eran distintas. Pregonaban su seriedad, su dedicación a la revolución feminista o sus reivindicaciones de la Diosa, dependiendo de cada profesora. En ocasiones conseguían el apoyo de sus estudiantes en sus luchas con la universidad para conseguir un puesto fijo, y se referían desdeñosamente a los profesores masculinos como «los chicos». Sin embargo, Laurie no tardó en darse cuenta de cómo se atacaban entre ellas en sus artículos, e insistían en lo que una de ellas llamaba rigor profesional.

«¿Sabes lo que quieren en realidad? —le escribió Laurie a Jaque—. Quieren que los chicos digan: ‘Oye, sois unas tías legales’, y quiten los carteles de ‘No se admiten mujeres’.»

Había una profesora que sí que parecía distinta. La profesora asociada Adrienne Beker daba clases de Historia del Arte Femenino, una asignatura que a Laurie le pareció una especie de cuerda a la que agarrarse. Beker conseguía combinar el estudio de la teoría radical con constantes referencias a lo que ella llamaba la «utilidad» de la vida de las mujeres. Las mujeres eran las primeras artistas, insistía, mientras mostraba las pruebas de la existencia de huellas de manos en cuevas prehistóricas. Y demostraba cómo todas las formas de arte «elevado» derivaban en su origen de



«la elegancia intrínseca» del trabajo hecho por las mujeres en las comunidades tribales. Igual que sus clases saltaban de unos siglos a otros, ella se movía de un lado a otro por el seminario, unas veces con las manos en los bolsillos y otras hendiendo el aire con el dedo.

Adrienne (que era como Laurie pensaba en ella) llevaba faldas de seda, cazadoras de cuero y un solitario pendiente de plata. Laurie estaba segura de que era lesbiana; sin embargo, cuando en las discusiones durante las clases Laurie conseguía sacar a colación algo que tuviera que ver con el lesbianismo, Adrienne siempre contestaba con argumentos políticos o históricos favorables a las lesbianas, pero sin decir nada sobre sí misma. Y cuando se sentaba en la cafetería con Laurie y otras estudiantes, tampoco hablaba nunca de aspectos de su vida que no tuvieran que ver con su especialidad. En una ocasión, Laurie intentó seguirla después de clase. Se había percatado de que últimamente terminaba las clases justo a la hora y luego se escabullía, en lugar de quedarse sentada en su mesa rodeada por las estudiantes que intentaban intimar con ella. Laurie decidió que tenía una nueva amante, y se imaginó a Adrienne abandonando el campus a grandes zancadas para lanzarse a los brazos de una mujer pequeña con un rostro delicado rodeado por un halo de piel sintética. Pero cuando Laurie siguió los pasos de su profesora, aprovechando la nieve para ocultar el ruido de sus botas, tan solo consiguió ver a Adrienne entrando en su Porsche de diez años y alejándose en él por las calles heladas.

Un día, la profesora Beker les mostró una transparencia de una pintura rupestre de unos animales alrededor de un hombre disfrazado de venado que tocaba un instrumento musical con forma de arco. Durante media hora construyó un complejo argumento para demostrar que el poder de ese hombre, al que llamaba «el brujo de Lascaux», provenía de la Diosa y que, por lo tanto, la pintura era obra de mujeres. La gruta de Lascaux, dijo, era un útero gigante, un generador de energía femenina. Laurie se retorció en su sitio durante toda la charla. Varias veces empezó a levantar la mano y luego la dejó caer. Miró a su alrededor, preguntándose cuándo iría a decir algo alguien. Finalmente alzó la mano.

Adrienne frunció el ceño.

—¿Sí, señorita Cohen?

—¿Esa pintura no está en realidad en la cueva de Les Trois Frères? —preguntó Laurie.

Adrienne clavó su mirada en ella, y a continuación en la transparencia. Durante un largo instante reinó el silencio, y luego Adrienne dijo:

—Bien. Supongo que estamos todas en deuda con la señorita Cohen. Parece que me ha pillado en el útero equivocado.



Hubo una ola de risas nerviosas, que se interrumpió cuando la profesora continuó explicando que el principal argumento seguía siendo válido. Más tarde, cuando la clase terminó, Laurie se acercó a la parte de delante de la clase, pero Adrienne ya había vuelto a meter sus notas y transparencias en la cartera y se encaminaba hacia la puerta.

Dos semanas después, Laurie expuso un trabajo en clase sobre la imagen de las Amazonas en las distintas culturas. Lejos de ser una fantasía masculina, tal como algunos estudiosos afirmaban, Laurie mantuvo que las Amazonas constituían restos tribales de una cultura «matrifocal». Laurie había trabajado muy duro en ese trabajo. Cuando se situó en la parte de delante de la clase, le temblaban las manos, y tuvo miedo de que también le temblara la voz. La profesora se sentó en el extremo de su mesa, con los brazos cruzados. Una vez Laurie hubo terminado y se hubo sentado, Adrienne estuvo varios segundos sin decir nada. Todo el mundo estaba esperando; Laurie mantuvo su mirada fija en el suelo.

—Bueno —dijo Adrienne—, creo que todas estamos impresionadas ante la entrega de la señorita Cohen a su causa. No obstante, el estudio de la historia de las mujeres requiere algo un poco más serio que unas fantasías eróticas lesbianas.

Y continuó con los peligros de que se cumplan los deseos adolescentes, para terminar con la necesidad de evitar a las «aficionadas entusiastas cuya visión del sexo es la de una *girl scout*». Durante esa parrafada, Laurie estuvo sentada con los puños apretados, aterrorizada ante la posibilidad de que se pudiera echar a llorar. Cuando la profesora terminó, Laurie rezó para que nadie hiciera preguntas. La Diosa le concedió su deseo. Laurie se esforzó cuanto pudo por aparentar tranquilidad mientras abandonaba la clase.

Durante las siguientes semanas, la profesora Beker convirtió el término «Amazona» en sinónimo de *amateurismo*. Sus primeros comentarios suscitaban risas nerviosas y miradas dirigidas a Laurie; sin embargo, la ocurrencia no tardó en cuajar y los comentarios sobre las Amazonas proporcionaron a la clase una mayor unidad. Incluso Laurie se descubrió en alguna ocasión riéndose con las demás.

Laurie nunca le contó a Jaq lo sucedido. Cuando se quejaba de su vida en la universidad, Jaq le sugería que hablara con Adrienne. «Sí, quizás lo haga», decía Laurie, y cambiaba de tema.

Durante la segunda mitad del año, Laurie realizó un curso sobre Arqueología de la Diosa. Según la profesora, los templos antiguos se construían con forma de cuerpo femenino. Les mostró transparencias y fotografías de colinas artificiales cuya forma podía ser o bien la del vientre de



una embarazada, o bien la de un globo ocular gigante, o bien ambas cosas. Examinaron diagramas de templos y aprendieron cómo ver en ellos a una mujer yacente, siempre que la mujer tuviera caderas y pechos enormes, careciera de cintura y tuviera un bulto por cabeza. Laurie escribió a Jaqe: «Es como en esos pasatiempos en las revistas para niños: Busca en este árbol a Janie, a su perro, a su gato y su bicicleta. Busca a la Diosa en este viejo montón de piedras».

Una tarde en la biblioteca, Laurie leyó tres artículos sobre tumbas megalíticas antes de darse cuenta de que no recordaba la idea principal de ninguno de ellos. Retomó el primero y se dispuso a comenzar de nuevo; pero, en lugar de eso, se levantó, lo llevó a la fotocopidora e hizo una fotocopia de una estatua de una mujer embarazada dormida. Con gran paciencia dibujó a Jaqe acurrucada a los pies de la mujer. Al día siguiente hizo copias de todas las fotografías de círculos de piedras, templos antiguos y monumentos prehistóricos. Dibujó a Jaqe en todos ellos (en el vientre de la Diosa, de pie sobre su cabeza, besándola con las piernas rodeando un cuello de piedra, saliendo medio arrastrándose por las puertas de los templos). Y fue enviándole a Jaqe una fotografía cada día.

«Mi querida y maravillosa Laurie —escribió Jaqe—. Gracias por las fotografías. Voy a ponerlas en el santuario sagrado: la nevera. ¿Pero no vas a escribir nada?» Cuando Jaqe llamaba, Laurie dejaba que fuera ella quien hablara; y Jaqe se lanzaba a hablar en los silencios de Laurie igual que una mujer que corre hacia el fuego para salvar a un niño.

Jaqe tenía un examen el mismo día que Laurie terminaba su última clase.

—Puedo solicitar un aplazamiento e ir a buscarte —le dijo Jaqe por teléfono—. Puedo decir que estoy enferma. Nunca se enterarán. Y puedo estudiar en el autobús.

—De ningún modo —repuso con firmeza Laurie—. Puedo volver yo sola. Tú encárgate de que te salga bien el examen.

Jaqe pensó que la voz de Laurie no sonaba tan convencida como sus palabras.

—Te quiero —le dijo Jaqe—. Si cambias de opinión... si me necesitas, iré de inmediato. Me da igual qué examen me pierda.

—Pero a mí no. No quiero que te pierdas ninguno.

—¿Me quieres?

—Más que nadie.

—¿Más que la Diosa?

—Mucho más. Ella tiene que preocuparse por todo el mundo. A mí lo único que me importa de verdad eres tú.



Jaqe salió pronto del examen de Historia de Rusia para poder estar en la estación cuando llegara el autobús de Laurie. Había contestado todas las preguntas, aunque sabía que podía haberse extendido más en su comparación de Pedro el Grande con Catalina la Grande («esos dos grandes Grandes», como Louise los llamaba). No había sido solo por falta de tiempo. No dejaba de pensar en Laurie, en lo enferma que parecía la última vez que la había visto, en cómo por teléfono sonaba como si estuviera intentando controlarse para no llorar.

En el pasado, gran parte de los borrachos, esquizofrénicos ambulatorios y prostitutas de la ciudad habían ocupado el edificio principal de la estación de autobuses igual que un ejército extranjero. No obstante, el ejército había crecido tanto durante los años anteriores que la ciudad había lanzado una contraofensiva y lo había vuelto a expulsar a la calle. En lugar de puertas corrientes, la estación había pasado a tener un muro de cristal que se abría deslizándose sólo cuando un guarda en una cabina a prueba de balas pulsaba un botón. «Para entrar, muestre el billete al vigilante», decía un cartel. Una taquilla se adentraba en la acera, con más protección antibalas para sus ocupantes. En el exterior del muro de cristal había hombres y mujeres tumbados en la acera, como si fueran troles custodiando la entrada. Algunos bebían elixires mágicos metidos en bolsas de papel. Otros habían extendido mantas mugrientas con alhajas de plástico y revistas viejas que vendían a los turistas. También los había que paseaban arriba y abajo, murmurando o gritando a la gente, a la que pasaba o a la invisible.

El edificio ocupaba toda una manzana. Mientras avanzaba a toda prisa por la calle camino de la entrada, Jaqe vio autobuses que entraban en sus dársenas y empezó a pensar que Laurie habría llegado antes de la hora y a preguntarse qué es lo que haría cuando viera que ella no estaba ahí. Se detuvo cerca de un hombre alto con un caftán blanco. En el puesto situado delante de él estaban expuestos brazaletes y pendientes de cobre, pequeñas botellas de aceite y perfume, y un montón de folletos con un rostro barbudo y sonriente en la cubierta. «Siga la tortuosa senda con el Dr. Root», decían los folletos.

El hombre del caftán se inclinó hacia Jaqe.

—Talismanes —dijo—. Pociones de sabiduría y protección. Hechas con ingredientes auténticos, recetas originales. Amuletos para protegerte en tu viaje.

—No me voy a ningún sitio —repuso Jaqe.

Y cuando rodeó al hombre, una mujer con un vestido rasgado y una peluca púrpura avanzó y le cortó el paso.



La mujer aparentaba más de sesenta años, pero cuando acercó su cara a la de Jaque, esta vio que tenía señales de acné, como una adolescente. Le recordó a Dan Reynolds, su novio del instituto.

—Compra un billete —dijo la mujer—. Para la Tierra de los Muertos. —Se rio y dio una palmada—. La Tierra de los Muertos. El autobús directo está a punto de salir.

Jaque se contuvo para no darle un empujón. De haberlo hecho, el ejército al completo probablemente se hubiera levantado contra ella. Rodeó a la mujer, que seguía riéndose de su propio chiste.

—No tengo billete —empezó a decirle al guarda, pero este le indicó con un gesto que pasara.

El autobús de Laurie llegó con retraso, en lugar de adelantado. Durante media hora, Jaque se paseó de aquí para allá, bebió té de una máquina y comprobó el panel de información por si había visto mal el número de la puerta. Finalmente, el autobús, verde y blanco con ventanas de cristal tintado, entró en la dársena. Las puertas se abrieron con un suspiro explosivo. Mientras los pasajeros descendían, Jaque se puso de puntillas una y otra vez. ¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran todos esos idiotas? Debía de haber perdido el autobús; a lo mejor estaba enferma y la estaba llamando por teléfono a casa.

—Tranquila —le dijo un hombre con un uniforme de algo—. Tu chico ya llega.

Jaque lo miró con cara de pocos amigos y el hombre se encogió de hombros. Y entonces apareció Laurie. Llevaba puestos unos vaqueros negros y una blusa blanca de cuello duro, el *blazer* azul de algodón en el brazo y la bolsa de viaje de cuero negro en su hermosa mano de esbeltos dedos. Agachó la cabeza al pasar por la puerta. Cuando la levantó, miró un instante a su alrededor antes de localizar a Jaque, y entonces sonrió. Con la mano libre señaló hacia el costado del autobús donde el conductor estaba entregando los equipajes.

Por algún motivo, únicamente los viajeros podían acceder a la zona de aparcamiento, así que Jaque tuvo que esperar en el interior del edificio, mirando a Laurie, sin poder tocarla. Laurie tenía un aspecto maravilloso y terrible al mismo tiempo. Su rostro seguía siendo firme, pero estaba demacrado y delgado... debía de haber perdido cinco kilos. A Jaque le hubiera gustado ir a buscarle un batido doble. Y su manera de moverse... seguía teniendo la misma gracia arrogante, pero ahora estaba cargada de tensión, con los hombros rígidos y el rostro endurecido, salvo cuando sonreía o le guiñaba el ojo a Jaque. Su equipaje salió: un portatrajes y una bolsa de nailon negro que se echó al hombro. Jaque



estuvo a punto de echarse a llorar al verla mantener cuidadosamente todas sus pertenencias en equilibrio durante los pocos pasos que dio antes de entrar en la terminal.

Jaqe no esperó a que Laurie dejara las bolsas para abrazarla.

—Bienvenida a casa —dijo, y fue entonces cuando empezó a llorar, con la cara apoyada de lado sobre el hombro de Laurie.

Laurie se rió.

—¡Qué bien!, pero ¿qué tal si nos apartamos de la entrada?

Detrás de ella, la gente estaba intentando abrirse paso.

—No —repuso Jaqe, y la abrazó con más fuerza, pero después dejó que Laurie se echara a un lado y dejara su equipaje en el suelo.

El hombre del uniforme caminó a su alrededor, como si estuviera examinando un animal exótico.

—Es una mujer —señaló fingiéndose asombrado.

Jaqe giró un poco la cabeza.

—¡No te quepa la menor duda! —le dijo, y Laurie soltó una carcajada.

En el exterior de la terminal, la mujer de la peluca púrpura corrió hacia Jaqe.

—¿Ya estás de vuelta de entre los muertos? —le dijo—. Y encima con una refugiada.

—¿Es amiga tuya? —preguntó Laurie, pero Jaqe ya estaba llamando a un taxi.

En el apartamento, Jaqe había puesto un ramo de rosas rosas en una vieja botella de zumo de naranja que había lavado y en la que luego había pintado una hélice roja. Alrededor de la botella había colocado un círculo de huevos pintados que había guardado de la «Celebración de la primavera», que ella y Louise habían organizado antes del comienzo de los exámenes. Las invitadas de la fiesta se habían colocado de pie, en círculo, con los huevos en un cuenco en el suelo. Se habían ido pasando un ramillete humeante de salvia y habían cantado una antigua canción del país de la Tortuga en una traducción aproximada al inglés. Luego, cada una había cogido su huevo, lo había alzado y había pedido a la «Gran Madre Tierra» que la ayudara a enfrentarse a su empresa más difícil: un examen de química orgánica, un trabajo sobre la venganza en la literatura griega, un examen de conversación en alemán coloquial... Como punto final de la celebración, algunas habían querido comerse los huevos, pero Jaqe había dicho que debían dejarlos en el cuenco, como «portadores de fuerza». «Baterías psíquicas», había añadido alguien. En realidad, lo que quería Jaqe era guardarlos para Laurie, porque, aunque ella había dicho que el



suyo simbolizaba su trabajo sobre la representación del conflicto familiar en el folclore europeo, lo que verdaderamente simbolizaba (como todos los otros huevos) era la vuelta de Laurie, feliz e indemne, de su exilio en el lago helado. Después de la fiesta, cuando ya todo el mundo se había marchado a casa, Jaqe había escrito una larga carta a Laurie, procurando que resultara ligera y divertida, hablándole de la fiesta, de cómo iba vestida cada una de las invitadas y de cómo había salvado los huevos de la destrucción, aunque sin explicarle el motivo. La carta se extendió a lo largo de cinco páginas, y Jaqe confió en que inspiraría, o avergonzaría, a Laurie y provocaría una respuesta. En lugar de palabras, recibió un dibujo de un huevo medio enterrado en la ladera de una colina. En el interior del huevo había una fotografía fotocopiada de Jaqe dormida en el sofá del salón de Bill y Janet. Cuando Jaqe recibió el dibujo, sin ni siquiera una firma al pie del mismo, lloró durante media hora.

Y cuando Laurie entró por la puerta y vio las rosas y los huevos, sus ojos se llenaron de lágrimas y su rostro pareció estremecerse. Dejó caer la bolsa de viaje y corrió al cuarto de baño, donde abrió el grifo del agua y se sentó en el borde de la bañera a llorar. Jaqe no sabía qué hacer. Le hubiera gustado que existiera algún hechizo que pudiera lanzar, un alimento mágico que pudiera hacer comer a Laurie para traerla de vuelta. Pero, a pesar de la fiesta con las mujeres de la UEL, Jaqe no creía en palabras mágicas, y lo único que había preparado para cenar era una ensalada con distintos tipos de pasta y un espeso aliño de queso azul. Cuando Laurie salió del cuarto de baño, se había lavado la cara y sonreía de nuevo.

—¡Qué bien estar de vuelta! —dijo, y Jaqe corrió para abrazarla de nuevo.

Sin embargo, la sonrisa tenía algo raro, y Jaqe notó cómo los brazos de Laurie se estremecían, incluso cuando no estaban en movimiento. Se apartó de ella.

—¿Estás cansada? —le preguntó—. He preparado una ensalada, pero, si lo prefieres, puedes acostarte.

Detestaba sonar como una anfitriona, como su madre.

—¿Qué tal tu examen? —preguntó Laurie.

Jaqe se encogió de hombros.

—Una idiotez —dijo.

Laurie movió la cabeza afirmativamente, como si esa fuera la respuesta correcta.

Decidieron comer algo y luego tomar un té. Laurie habló de sus cursos de posgrado, de que nada tenía ningún sentido, de la enorme competencia que había. A Jaqe le sonó igual que un informe de un observador



imparcial. Se fijó en que Laurie se sirvió la ración más pequeña posible de pasta y, a pesar de ello, no se la terminó.

—¿Sabes? —dijo Laurie reclinándose hacia atrás y poniendo las manos detrás de la cabeza—, ni siquiera terminé mis trabajos. ¿Te lo puedes creer?

—¿Cómo que no terminaste los trabajos? —le preguntó Jaque.

Los esfuerzos de Laurie por aparentar tranquilidad solo la hicieron parecer más agobiada.

—Me los he traído a casa. Tres de ellos. Tengo que enviarlos por correo. Tengo dos semanas para terminar los tres.

—¿Crees que podrás? ¿Cuánto te falta por hacer?

—Tengo algunas notas.

—¿Has escrito algo?

—En realidad no.

Se hizo el silencio, y Jaque se preguntó si debía enfadarse con Laurie, tal vez chillarle, algo como: «No me he salido pronto del examen y lidiado con vagabundas para que pudieras sentarte ahí como un pasmarote». O quizás lo que debía hacer era agarrarla por los hombros y zarandearla, o incluso darle una bofetada, para que Laurie pudiera decir: «Gracias, lo necesitaba». Sin embargo, sabía que nunca podría hacer nada así, no podría tocarla nunca excepto para acariciar esos largos músculos, esa maravillosa piel flexible. Quería notar cómo la boca de Laurie se amoldaba perfectamente a la suya; sentir sus pezones, escurridizos bajo la yema de sus dedos; notar los dedos de Laurie deslizándose en su interior, con su cuerpo tan liviano, tan liviano como una pompa de jabón, que Laurie podría levantarla por el aire, por encima de la ciudad, por encima de las nubes, y llevarla hasta el sol.

—¿Por qué estás sonriendo? —le preguntó Laurie con voz agresiva, como si Jaque se estuviera riendo de ella por haberse llevado los trabajos a casa.

Con la mirada baja, Jaque movió negativamente la cabeza. Luchando contra las lágrimas, pensó en cómo a veces Laurie se agachaba para que sus pequeños pechos quedaran justo debajo de los de Jaque, de mayor tamaño, y luego se levantaba, lanzándole los pechos hacia la barbilla.

Cuando terminaron de cenar, hicieron el amor, o simularon hacerlo. Allí estaban muchos de los movimientos habituales, pero Jaque sabía que Laurie, y tal vez ella misma, estaban haciéndolo porque es lo que esperaban de ellas (quiénes, eso no lo sabía). Se alegró cuando Laurie se paró a mitad, diciendo que tenía que hacer pis. Mientras yacía en la cama, Jaque sintió deseos de gritar o de morder algo. Se dio media vuelta y se quedó



tumbada sobre el vientre. Cerca de la cama, donde Laurie y ella habían amontonado sus ropas, vio dos objetos que se le debían de haber caído de los bolsillos. Uno era una piedra, y, cuando alargó el brazo para cogerla, reconoció la piedra que había encontrado el año anterior, con el árbol en una cara y el barquero en la otra. La puso en la palma de su mano y la miró. Llevaba meses sin verla. El otro objeto era un frasco marrón con una etiqueta que decía: «Aceite de masaje revitalizante del Dr. Root». ¿De dónde había salido? Ella no lo había comprado, eso seguro. Debía de habérselo deslizado en el bolsillo el hombre del caftán de la estación de autobuses. Desenroscó el tapón y lo olió. Olía dulce, como a flores. ¿Sería inocuo? A lo mejor el Dr. Root había metido alguna droga o sustancia tóxica. Volvió a olerlo. El olor hizo que un ligero cosquilleo le recorriera la piel y Jaque sonrió.

Laurie volvió, con el aspecto de alguien decidido a completar una tarea difícil. Durante un instante, la irritación le hizo a Jaque apartarse de ella... Jaque pensó que Laurie la estaba tratando como si fuera uno de sus trabajos de la universidad. No, pensó a continuación, Laurie era su propio trabajo, y si ella suspendía el examen las clases de recuperación serían mucho más duras

—Tumbate —le dijo—. Voy a darte un masaje.

Laurie se esforzó por sonreír lascivamente (Jaque pensó en esas películas en las que un impostor, un robot, un ultracuerpo o un marciano se apodera del cuerpo de alguien pero no es capaz de fingir las emociones) y dijo:

—Pensaba que esto era una bienvenida.

—Esto forma parte de ella —repuso Jaque—. Venga, haz lo que te digo.

—Sí, señora —dijo Laurie, y le hizo un saludo marcial.

Laurie se tumbó sobre el vientre, con el rostro vuelto hacia la pared. Jaque se frotó las manos con un poco de aceite y empezó a aplicarlo sobre el cuerpo de Laurie con largos movimientos, empezando por los hombros y bajando hasta los dedos de los pies. Jaque nunca había dado un masaje antes. Muchas de sus conocidas daban por hecho que todas las mujeres sabían darlos, que ese conocimiento era parte del talento innato para la crianza y la sensualidad, igual que las generaciones anteriores habían dado por sentado que las mujeres sabían de manera innata cómo cambiar los pañales de los bebés o hacer que un hombre se sintiera importante. Jaque fue probando cosas como mejor pudo, confiando en que funcionaran. Pensó que se trataba de localizar las zonas tensas y trabajarlas hasta que se relajaran. Pero, por lo que ella podía ver, todo



estaba tenso. Trabajó en las caderas durante un rato, luego pasó a los hombros, y siguió con los muslos.

Transcurrido un rato, Laurie empezó a suspirar, y luego a gemir. Jaque pensó que se trataba de una buena señal, aunque tampoco estaba segura. Se frotó las manos con más aceite y continuó frotando. Cuanto más aceite usaba, más parecían saber sus manos hacia dónde dirigirse, y tan pronto estaban frotaban los músculos de la parte superior de los brazos como estirando los dedos. Vertió un poco más de aceite y se tocó los labios con la punta de un dedo. Le escoció ligeramente, pero, aparte de eso, el aceite sabía dulce, como a menta. Fue poniendo gotitas de aceite en la zona entre los hombros de Laurie y en algunos puntos a lo largo de su columna vertebral, y sonrió cuando Laurie se sobresaltó ante el roce de sus dedos en un lugar justo debajo del centro de su espalda. Cuando Jaque retomó los movimientos largos, un par de pájaros comenzaron a cantar en el arce que había al otro lado de la ventana del dormitorio. Jaque se dio cuenta de que los pájaros estaban hablando, con palabras de verdad. Las entendía, como si los pájaros fueran chicas de la residencia que hablaran al otro lado de una puerta. Solo que, cuando intentó comprender lo que estaban diciendo, no logró atrapar las palabras y organizarlas en frases. Algo relativo a un tesoro; algo (o alguien) escondido en algún lugar, en una montaña o en el interior de una cueva.

Laurie volvió a gemir, con el cuerpo medio fundido con la cama.

—Haz eso otra vez —le pidió, y Jaque descubrió que estaba sacudiendo los glúteos de Laurie.

—La increíble mujer vibrante —dijo, y se rió.

El gemido de Laurie se convirtió en un ronroneo continuo. Jaque le dio un apretón en el trasero y luego sus manos descendieron hasta los pies; frotó uno y después el otro, y luego meneó los dedos y tiró de ellos. Jaque susurró: «Este dedito se fue a un país lejano, gobernado por una reina malvada; pero ahora ha regresado a casa». La última palabra la dijo en voz alta, y luego fue recorriendo la parte interior de las piernas de Laurie con las manos, hasta que se encontraron. De nuevo oyó los pájaros, aunque ahora se trataba de todo un bosque lleno de pájaros, toda la habitación estaba llena de pájaros, todos ellos hablando, intercambiando mensajes. Laurie rodó sobre sí misma y tiró de Jaque hacia ella.

Más tarde, mientras chupaba, besaba y mordía a Jaque, Laurie se echó a reír de improviso. Apoyó la cabeza en el muslo de Jaque, con el rostro vuelto hacia arriba, hacia el inquisitivo rostro de Jaque.

—Oye —dijo Laurie—, eres el tipo de masajista que le da mala reputación a la profesión.



Jaque se echó a reír. «Gracias», pensó, sin estar segura de a quién se estaba dirigiendo. ¿Al Dr. Root? Miró hacia abajo, hacia la cabeza de Laurie, que se movía entre sus piernas igual que un animalito peludo. Volvió a reír y apoyó de nuevo la cabeza en la almohada.

Jaque soñó que era un pájaro, o que iba disfrazada de pájaro, y que corría por un centro comercial vacío derribando estantes de zapatos con sus alas extendidas. En el suelo, entre un montón de cristales rotos, había un solitario par de zapatos rojos. La despertaron los lloros y la música discotequera que llegaban del apartamento contiguo. «Ha vuelto el novio», pensó. A veces se preguntaba si pegaba a la pobre chiquilla. Escuchó durante un instante, luego decidió que los lloros parecían más los de un niño al que no se le estaba prestando suficiente atención. Mientras se acurrucaba más cerca de Laurie, se acordó de un tocadiscos que sus padres le habían regalado en una ocasión. Era azul claro, con nubes y elefantes pintados en los lados. Y se acordó de su disco favorito: una canción sobre un conejo que no había aprendido a saltar. No solo era la canción lo que le gustaba, sino el color del disco: rosa brillante. La canción también era buena, pensó medio dormida. «¡Menuda mamá conejo más tonta!, mira que olvidarse de enseñar a saltar a su conejito —pensó—. Cuando yo tenga un bebé, me aseguraré de pasarme el día entero dándole lecciones de salto.» Su mano se movió como dando brincos sobre el pecho de Laurie. Rodó sobre sí misma para quedar apoyada sobre la espalda, mirando el techo. «Quiero un hijo. Quiero un niño —pensó—. Qué tonta. Menuda tontería.» Volvió a girarse para rodear a Laurie con el brazo y la abrazó hasta que se despertó.



CUATRO LOS TRES TRABAJOS

Durante dos semanas, Laurie intentó día tras día escribir los trabajos.

—No pasa nada —le decía a Jaque—. Tan solo necesito encontrar el lugar apropiado.

Primero probó con la biblioteca universitaria, pero, como el trimestre todavía no había terminado, la biblioteca estaba llena de estudiantes desesperados ante la proximidad de los exámenes finales. «Mejor algo más relajado», pensó, y se trasladó a la cafetería; pero allí siempre encontraba viejos amigos: mujeres que querían hablarle de la UEL, un tipo con el que acostumbraba a ir de bares, compañeros con los que solía jugar al *frisbee*... Le gustaba salir al césped y jugar un rato. Podía volver a pavonearse y recoger el *frisbee* por detrás de la espalda con ese golpe de cadera que a veces conseguía hacer lanzar suspiros a las mujeres más jóvenes. En la cafetería se sentaba con los pies en alto y las manos detrás de la cabeza. Se sentía como si hubiera recuperado algo que había olvidado; pero sus trabajos no avanzaban. Así que abandonó el campus y se fue a una cafetería frecuentada principalmente por lesbianas, y luego a un café.

—Mi amor —le dijo Jaque—, a lo mejor lo que tendrías que hacer es quedarte aquí.

—Demasiadas distracciones —repuso Laurie, y besó un hombro desnudo de Jaque, que estaba embutida en una camiseta sin mangas—. Además, voy estupidamente.

Cuatro días antes de que se cumpliera el plazo, los padres de Jaque llamaron e insistieron en que esta fuera a casa a visitarlos. Jaque no quería ir. Laurie la necesitaba. No comería si Jaque no cocinaba para ella. Laurie necesitaba el aceite de masaje mágico del Dr. Root. Aunque Jaque lo había tenido escondido en el fondo del armario de las medicinas desde aquella primera noche, se imaginaba la espalda de Laurie agarrotándose mientras esta mecanografiaba su último trabajo. Y Jaque tendría que colocarse detrás de ella, y frotar y masajear los hermosos músculos mientras las sentencias manaban de sus elegantes dedos. Sin embargo, Laurie insistió en que sola podría trabajar mejor.

Aunque no le gustaba admitirlo, Jaque se sintió aliviada ante la idea de marcharse; también le atraía el poder ver a sus padres sin Laurie y sin que eso significara que había capitulado.

—Cuando vuelvas, ya habré terminado todo, y podremos celebrarlo —dijo Laurie, y luego añadió—: Dale un beso a tu madre de mi parte.



Jaque se rió.

—¿En la boca?

Laurie le guiñó un ojo y dijo:

—Donde tú quieras.

Después de que Jaque se marchara, Laurie cogió sus notas y caminó durante media hora hasta un bar donde sabía que podía pedir una cerveza y estar sentada toda la tarde amparada por la camarera que se encargaba del barril. En una especie de acción instintiva, se quedó de pie un instante, con la espalda contra la barra y los codos apoyados encima, y giró la cabeza, primero a la izquierda, luego a la derecha, con una ligera sonrisa y una ceja levantada. Para nada. Aunque el bar era frecuentado tanto por gays como por heteros, las lesbianas no acostumbraban a ir hasta ya avanzada la tarde. Había una pareja de gays en el extremo de la barra, otros tres hombres en una mesa, una mujer jugando al billar en el fondo del bar y, en la esquina, junto a una ventana, una mujer menuda que parecía lo suficientemente mayor como para ser su abuela. La mujer estaba leyendo un periódico, pero, cuando Laurie la miró, levantó un vaso de chupito vacío, como saludándola.

Laurie pidió una cerveza y se sentó en una mesa de dos. Extendió los papeles y miró el tráfico por la ventana. Cuatro días. Tres trabajos. Sacudió la cabeza y se rió. Solo para pasar a máquina los puñeteros trabajos necesitaría quedarse sin dormir las cuatro noches. Sabía perfectamente que no era capaz de terminar los cuatro, pero podía escribir y solicitar una nueva prórroga para dos de ellos. Lo importante era terminar uno, solo uno, para demostrarse que era capaz de hacerlo. Miró sus notas sobre «Constantes en la transferencia de los rituales de la Edad de Piedra a la actualidad». «¿Qué constantes?», pensó. ¿Acaso en la Edad de Piedra la gente se sentaba bajo el sol para ponerse morena? Y si lo hacían, seguro que no se preocupaban por los agujeros en el cielo que tenían la culpa de que fueran a tener cáncer.

Se miró las manos. Tenían buen aspecto. Un ligero tono dorado, no demasiado oscuro, atractivo y cálido. Movió los dedos para ver cómo subía y bajaba la onda de los músculos que se abrían en abanico desde las muñecas hasta la base de los dedos. Sabía que su aspecto era resultón. Blusa holgada de algodón azul pálido, de cuello bajo, que le caía delicadamente sobre los pechos. Pantalones amplios con un ancho cinturón negro. El cabello un poco largo, pero peinado hacia atrás para acentuar su amplia frente. Miró por la ventana a una mujer con un vestido de tirantes rosa. «¿Por qué no está aquí Jaque?», pensó, y se rió.

Durante el resto de la tarde, Laurie intentó empezar los trabajos. Escribió un primer párrafo tres veces y las tres veces lo tachó. Pasó a una



parte de la que estaba más segura, pero poco después decidió que la idea necesitaba desarrollarse desde el principio. Pidió otra cerveza, un sándwich de pavo y cebolla, y luego otra cerveza más. Jugó al billar alrededor de una hora, pensando que a lo mejor el ejercicio la ayudaba a desbloquear las ideas. Laurie pensó que la mujer, que se llamaba Pat, podría haber pasado por un hombre, de no ser por sus grandes pechos. Pat sabía jugar; y resultaba obvio que se estaba esforzando por ajustar su nivel al de Laurie. Cuando sugirió jugar por dinero, Laurie se rió y dijo que tenía que hacer los trabajos. Pat se encogió de hombros y siguió practicando. Laurie observó sorprendida que la mujer llevaba las uñas muy arregladas.

Esa noche, cuando Jaq le llamó, Laurie le dijo que estaba avanzando mucho y le recitó una lista de puntos que le aseguró había incluido en el trabajo sobre los rituales. Cuando Jaq comentó que sonaba apasionante y que se moría de ganas de verlo, Laurie le contó que ese día había conocido a una mujer que o bien era una jugadora profesional de billar o bien era una corredora de bolsa.

Los dos días siguientes, Laurie fue de nuevo al bar a primera hora de la tarde y se quedó hasta que empezó a llenarse de gays y lesbianas *yuppies*, que acudían allí a pasar un rato en compañía de otros que compartían su condición antes de irse a cenar. Pasó el tiempo sentada, mirando el trabajo o intentando escribir. Se imaginó terminando un trabajo, poniéndole un sello en todas las páginas que dijera: «Gilipollices», y enviándolo por correo. Cuando se dio cuenta de que no tenía tiempo de encargarse de que le hicieran un sello, soltó una carcajada tan fuerte que incluso se preguntó si acudiría alguien a toda prisa para darle una bofetada. La gente del bar iba cambiando, salvo la mujer mayor del rincón, que cuando Laurie llegaba siempre estaba allí.

La última tarde antes de la fecha límite, Laurie sabía que debía escribir las cartas pidiendo las prórrogas. Pero, en lugar de eso, se sentó y se dedicó a pensar en escenas heroicas de películas viejas.

Dio un respingo cuando una mano descendió sobre la suya. Al levantar la mirada, vio a la mujer mayor sentada a su lado. Laurie bajó la vista hacia la mano que seguía yaciendo sobre la suya, como una persona dormida en una cama estrecha. La piel parecía casi translúcida.

—Pareces triste —dijo la mujer. Laurie se encogió de hombros y liberó su mano; pero, en lugar de alejarse, la mujer le señaló con la cabeza sus arrugados papeles y notas—. ¿Trabajos de la universidad? —le preguntó. Laurie no dijo nada. La mujer sonrió—: No eres demasiado habladora...

—Lo siento —se disculpó Laurie, y notó que se estaba ruborizando. «Ay, Diosa mía, la gran marimacho Laurie Cohen se convierte en un de-



chado de feminidad con las ancianitas», pensó. Y añadió—: Es que no me encuentro muy bien.

Uno de los dedos dio unos golpecitos sobre el montón de hojas en blanco.

—No me extraña —dijo la mujer—, si tienes todo esto por hacer.

—Bueno, puesto que tengo tanto por hacer —repuso Laurie—, a lo mejor me podría dejar en paz. —Y fingió estudiar sus notas.

—Yo podría ayudarte.

—¿Cómo? ¿De qué habla?

Laurie se la quedó mirando. Las arrugas de la mujer ya no formaban pliegues de carne sino que se habían convertido en una red de líneas diminutas que atravesaban la suave piel. Laurie se imaginó a una adivina estudiando ese rostro para averiguar la historia del mundo.

—Con frecuencia escribo trabajos para estudiantes con problemas. Así tengo algo que hacer —explicó la mujer.

—Y supongo que será una experta en dependencias gramaticales entre sujeto y complemento. Y en arqueología matrifocal.

—Puedo leerme tus notas.

—Mis notas son una mierda.

—No pasa nada —dijo la mujer—. Estoy segura de que me valdrán.

—Gracias por el voto de confianza. Lo único es que ya da igual. Es demasiado tarde. —La mujer no contestó. Repentinamente irritada, Laurie dijo—: Tengo que terminar esto... terminarlo e ir a la maldita oficina de correos... mañana como tarde. ¿Cree que puede hacerlo?

Los diáfanos ojos se posaron sobre Laurie.

—Sí.

Durante los pocos segundos durante los que Laurie no habló, le pareció que el mundo al completo se había quedado en silencio; que, en el exterior, los coches se habían detenido en las calles; que, dentro del bar, ni se hablaba, ni se servía cerveza, ni se movía vaso alguno. Y entonces Laurie dijo:

—Sí, claro, seguro. Usted puede liquidar los tres en una noche. Y supongo que puede garantizarme un sobresaliente en cada uno, ¿verdad?

—No es tan difícil. Aprendo rápido, y mecanografía todavía más rápido.

Laurie se puso a ordenar los papeles aparatosamente.

—Discúlpeme, pero estoy ocupada.

—¿Qué tienes que perder? —le preguntó la mujer—. Tú sola no puedes hacerlo. Y lo sabes.

—¿Y cuánto me va a cobrar por este milagro?



La mujer hizo un gesto con la mano.

—Si quedas contenta con mi trabajo, podemos fijar un precio.

«Esto es una locura. Espera a que se lo cuente a Jaque...», pensó Laurie.

—Muy bien —dijo—. ¿Por qué no? ¿Y dónde le gustaría obrar sus milagros?

—Trabajaremos en tu casa. ¿Tienes máquina de escribir? —Laurie movió la cabeza afirmativamente—. ¿Y suficiente papel?

—Uf, tengo montones de papel.

La mujer se levantó.

—De acuerdo, vamos pues.

Para cuando Laurie terminó de meter sus cosas en la bolsa, ella ya casi había salido por la puerta. Una vez fuera, la mujer llamó un taxi. Poco después, Laurie estaba preparando café mientras en el salón la mujer ya había empezado a mecanografiar.

La mujer trabajó durante toda la noche, examinando las notas de Laurie, mecanografiando, leyendo, mecanografiando de nuevo, y amontonando siempre boca abajo las páginas terminadas en una pila perfecta junto a la máquina de escribir. Durante más o menos la primera hora, Laurie intentó preguntarle qué enfoque le estaba dando y mirar por encima de su hombro; pero la mujer no le prestó atención, y, poco después, Laurie se fue al dormitorio e intentó leer y mirar la televisión. Más tarde, se encontró sentada en una silla observando a la mujer, que estaba sentada bien tiesa, totalmente inmóvil a excepción de sus dedos de pajarito.

Laurie no estaba segura de si estaba dormida o despierta cuando la mujer cogió la pila de papeles y los golpeó contra la mesa un par de veces.

—Listo —dijo—. ¿Quieres revisarlos?

Laurie se frotó los ojos.

—¡Vaya! ¿Qué hora es? —Levantó el estor. El cielo estaba azul, el aire era cálido y seco—. ¿De verdad lo ha hecho? —preguntó.

La mujer se quedó sentada, con la espalda vuelta hacia la mesa y las manos cruzadas en el regazo. Laurie se le acercó y cogió las primeras páginas. El trabajo trataba sobre una gramática feminista radical, y, cuando empezó a leerlo, se acordó de improvisamente de la emoción que había sentido la primera vez que se había enfrentado a esas ideas: la descripción del lenguaje patriarcal como la base de las relaciones de dominio; el encuadramiento de las mujeres en la categoría de «otros», como si fueran objetos; la posibilidad de un lenguaje, y, por lo tanto, de un pensamiento que no requiriera objetos. Todo estaba allí, con una prosa fluida y precisa: los hechos, las referencias, los argumentos, la crítica de las posiciones teóricas dentro del marco teórico correcto. De hecho, Laurie se percató de que la



mujer había escrito exactamente lo que ella misma hubiera escrito si hubiera conseguido superar su bloqueo.

Examinó los otros trabajos. Cuando los dejó sobre la mesa, los puso en montones perfectamente apilados, igual que había hecho la mujer.

—Es increíble. Son brillantes —dijo; pero eran más que brillantes: eran ella. Laurie continuó—: Es completamente imposible que pueda pagarle lo que se merece.

—No te preocupes —intervino la mujer—. No hace falta que me pagues ahora.

—Pero tengo que pagarle. Un trabajo así se merece algo especial.

—Entonces te pediré algo especial; pero no ahora. Ya me pagarás cuando vuelva. —Se incorporó sin mostrar signo alguno de cansancio. Ya en la puerta le dijo—: Adiós, Laurie Cohen. Me alegro de haberte podido ayudar.

—Espere un momento. Ni siquiera sé cómo se llama.

Pero se quedó junto a la ventana mientras la mujer salía cerrando la puerta del apartamento tras de sí.

Laurie entró en el dormitorio, con la intención de tumbarse durante una hora y luego llevar los trabajos a la oficina de correos. Pero, en lugar de eso, se puso las sandalias, cogió las llaves y algo de dinero, dejó los trabajos allí y se bajó a la calle. «Qué día tan estupendo», pensó, levantando la vista hacia cielo. El sol ya estaba fundiendo la rigidez de sus hombros, mientras que la ligera brisa estaba arrastrando el calor. Oyó un sonido sibilante; se giró y se encontró con que el árbol que se alzaba delante del edificio de apartamentos la saludaba sacudiendo sus ramas. Se rió. El árbol parecía centellear bajo la temprana luz. Se preguntó si habría llovido durante la noche, porque las hojas parecían salpicadas de diminutas piedras preciosas, cada una de un color distinto cuando algún rayo perdido incidía sobre ellas. Y si miraba el árbol durante suficiente tiempo, podía imaginarse objetos escondidos en él: juguetes, casas minúsculas, animales agazapados en las ramas... Laurie se acercó más. Nunca se había fijado en lo alto que era. Las ramas superiores se mecían suavemente con el viento, muy por encima del edificio de apartamentos.

Dio un salto y se agarró a una de las ramas bajas. Sus piernas se balancearon en el aire hasta que consiguió apoyar un pie en un nudo, lo que le permitió subirse a una rama. Muy pronto estuvo rodeada por hojas y madera. Oía los pájaros, aunque no conseguía ver ninguno; los oía coto-rear, y batir y agitar las alas. En un momento dado, se topó con un nido construido con ramitas, alambre y trozos de papel. Había algo en su interior... «Un polluelo —pensó—, o un huevo»; pero cuando trepó hasta él



vio que se trataba de una muñeca: un bebé de plástico que algún pájaro había debido de subir en el pico. Los ojos inexpresivos la hicieron reír tan fuerte que estuvo a punto de perder el equilibrio y tuvo que agarrarse con fuerza a una de las ramas.

Se sentía tan bien... tan liberada de todas las cosas que le preocupaban. ¿Por qué había dejado de trepar a los árboles? Deseó que Jaque estuviera allí. A lo mejor podían construir una casa en un árbol. Sentada con los ojos cerrados y la espalda apoyada en el tronco, pensó en hacer el amor con Jaque en una plataforma en el corazón del bosque. Jaque era distinta a todas las mujeres que había conocido. Se acordaba de las desenfrenadas, que lo querían hacer todo, incluso que cada una llegara hasta lo más profundo del cuerpo de la otra. Y de las tímidas, que siempre tenían que ir paso a paso, como si estuvieran aprendiendo a conducir. De las que esperaban que ella actuara como un hombre y de las que se enfadaban si hacía cualquier cosa que pareciera de alguna manera masculina. Pero Jaque... Jaque sabía exactamente lo que ella quería, lo que necesitaba. El sexo con ella podía ser pausado o rápido, bullicioso o tranquilo, pero nunca era tímido, nunca era confuso. A veces era Laurie la que se asustaba. Cuando hacía el amor con Jaque, su cuerpo podía alcanzar un estado en el que los orgasmos parecían no acabar nunca, incluso cuando Jaque y ella ya habían terminado, habían terminado oficialmente, se habían lavado y habían salido a comer algo o simplemente al supermercado. Cuando su cuerpo parecía haberse calmado y solo quedaba un ligero cosquilleo, de pronto sucedía algo (una mirada de Jaque o el roce de su mano) y todo comenzaba de nuevo, con las febriles oleadas del orgasmo recorriendo su cuerpo; y Laurie se asustaba, porque no era así como se debía vivir: los demás no vivían así, mantenían las cosas bien claras y separadas.

Continuó trepando. Oía los sonidos de la ciudad: autobuses, la bocina de un camión, las obras en las calles... Llegaban de muy lejos, como si fuera el ruido de una televisión que se ha quedado encendida en otra habitación. Descubrió distintas regiones en el árbol. En un punto se sintió tan feliz que quiso saltar arriba y abajo en la rama. Un poco más allá, se entristeció y quiso llorar por todas las humillaciones que había sufrido en su vida. Ascendió otro poco y el dolor desapareció, como si el viento lo hubiera arrastrado. Se detuvo y miró hacia arriba, por entre las hojas, hacia el cielo. Se veía cálido, azul y suave, como la mantita de un bebé.

En su antigua habitación de casa de sus padres, Jaque yacía despierta junto a un tigre de peluche que había encontrado en una caja en el sótano. Se había acostado más tarde de lo que se había esperado, porque había esta-



do haciendo algo que se había prometido no volver a hacer: discutir con sus padres sobre Laurie. Habían estado insistiendo en que Jaque fuera a casa durante el verano cuando sabían perfectamente que iba a quedarse con Laurie. Por supuesto, lo que en realidad querían decir era que dejara definitivamente a Laurie, que «regresara» a lo que ellos consideraban deseos normales. Jaque había intentado señalar que nunca había demostrado ningún interés por los hombres. Un error, porque sus padres le habían dicho que no podía renunciar a algo a lo que nunca le había dado una oportunidad como era debido. Aun así, hubiera conseguido salir del atolladero de no haber cometido otro error: comparar a sus padres con Bill y Janet Cohen. Su madre comenzó a llorar de nuevo, y su padre siguió dale que dale con lo de la enfermedad y con que la paternidad no era un concurso de popularidad. Para cuando Jaque consiguió calmarlos, ya eran las dos de la madrugada.

Y ahora yacía en la cama y soñaba que estaba plantando un árbol. El árbol era pequeño y frágil, aproximadamente la mitad de alto que ella, con hojas amarillas y las raíces envueltas en una bolsa. La bolsa estaba llena de agujeros, por lo que, al levantar el árbol para colocarlo en un hoyo en la cima de una colina, sobre sus pies desnudos cayeron unas minúsculas piedras preciosas y un poco de tierra. Amontonó tierra con las manos sobre las raíces y, al levantar la mirada, vio que se encontraba en un círculo de árboles, árboles viejos y secos de ramas retorcidas. Oyó cantar a una mujer, o tal vez a un niño, aunque no entendió las palabras. Cuando se giró, el árbol que había plantado ya había crecido. Se alzaba por encima de su cabeza; las ramas todavía finas y llenas de gracia, las hojas brillantes bajo el sol. Comenzó a llorar. No, no era ella quien lloraba, era una niña, una chiquilla sentada en el suelo, con la espalda apoyada en el árbol. Llevaba un pantalón de peto amarillo y tenía un hueso en cada mano.

—¿Qué te sucede? —le preguntó Jaque—. ¿Qué te pasa?

—Mi mamá no me quiere —respondió la niña—. Hice algo mal y mi mamá me trajo aquí y me abandonó.

—Tranquila —le dijo Jaque, y luego la abrazó—. Tranquila. Te llevaré a tu casa.

Jaque se despertó de repente, como si alguien hubiera dado una palmada junto a su oreja. Sin esperar a que se le calmara el corazón, corrió escaleras abajo camino del teléfono. Tenía que haber llamado la noche anterior, pero se había hecho tan tarde que había pensado que o bien Laurie se habría quedado levantada trabajando hasta tarde y no convenía que la molestara, o bien se habría acostado agotada y era mejor no despertarla.



El timbre sonó varias veces antes de que por la línea le llegara un «hola» bastante grogui.

—Te quiero —dijo Jaque—. Siento no haberme quedado para ayudarte. Soy una estúpida. ¿Me perdonas?

Laurie se rió. Medio dormida sonaba relajada, más parecida a la auténtica Laurie que en ningún otro momento desde que se había marchado para realizar su posgrado.

—Te perdono todo lo que has hecho, en esta vida y en todas las demás. ¿Qué te parece? —dijo Laurie. Como Jaque no respondió de inmediato, añadió—: Te quiero. Te querré siempre.

—¿Qué ha pasado con tus trabajos? ¿Los has terminado?

—Sí —contestó Laurie, y Jaque también oyó su sonrisa—. Todo terminado. Justo a tiempo. Magistralmente, además.

—Estupendo. ¿Así que ya los has enviado?

—Bueno...

—¿Qué pasa?

—Los he tirado. Los rompí y los tiré por el incinerador.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Porque yo no encajo allí. Tenía los trabajos en la mano, los miré y pensé que no podía hacerlo, que si los mandaba ya nunca escaparía de allí.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que vas a hacer?

—Ya lo he hecho. He mandado una carta comunicando mi renuncia. Soy libre, mi amor. Soy libre y estoy enamorada. ¿Estás orgullosa de mí?

Jaque asintió con la cabeza lentamente. Cuando se dio cuenta de que Laurie no podía verla, dijo:

—Te quiero. Eres mi intrépida enamorada. Yo siempre estaré orgullosa de ti.



CINCO

EL TESORO DE THORNY WOODS

Laurie solo tardó tres días en encontrar trabajo, en una librería del centro de la ciudad. Su dueño, Mark, era hermano de una de las chicas de la UEL y contrató encantando a Laurie con la recomendación de su hermana. La tienda era pequeña y estaba tan atestada de caóticos montones de libros que, al principio, a Laurie le sorprendió que Mark pudiera encontrar algo. Mark describía la librería como especializada en «literatura y sus amigos», aunque, en realidad, se ajustaba a los caprichos del gusto e intereses de Mark. Había libros de psicología arquetípica, pero no superventas de autoayuda; libros de brujería, con hechizos para las distintas épocas del año, pero nada sobre cómo obrar milagros en el trabajo o en la vida amorosa. Había libros sobre religiones afroamericanas, sobre la comunicación entre especies, sobre la historia de la cosmología; había libros de flamenco y baile de figuras (pero ninguno de ballet ni de bailes de discoteca) y libros sobre la estructura de las finanzas internacionales (pero ninguno sobre estrategias de inversión para particulares).

Mark, un hombre corpulento que siempre llevaba vaqueros y una camiseta amarilla, se deslizaba por entre las pilas de libros sin derribarlos, una habilidad que estaba fuera del alcance de Laurie y de la mayoría de los clientes. Algunos escritores acostumbraban a acudir a la tienda para sentarse con Mark en sillas plegables y beber infusiones de maracuyá. Se quejaban de los editores, cotilleaban sobre otros escritores, o describían la estructura de alguna nueva novela, la estupidez de algún antropólogo rival o las dificultades para establecer los patrones adecuados para el estudio de la respuesta sexual humana en condiciones de estrés. Al principio, Laurie dio por hecho que Mark sabía tanto como los escritores sobre todas esas materias; incluso era capaz de charlar con una mujer que había escrito varios libros sobre el mito y la religión, pero que acudía para hablar sobre un libro que había escrito anteriormente sobre la historia de la calceta. En una ocasión, después de que se hubiera marchado un lingüista con la solución de un problema que había bloqueado su trabajo durante días, Laurie le espetó a Mark:

—Pero ¿cómo sabes todo eso? ¿De dónde sacas el tiempo para poder aprenderlo todo?

Mark chupó un polo que le había dado el lingüista.

—No miro la televisión —respondió.



Algo más adelante, Laurie descubrió que Mark sabía cómo escuchar: medio como una esponja, medio como un espejo.

—Basta con aprender el lenguaje de la gente —le dijo Mark.

Laurie dio por hecho que Mark la había contratado para que se ocupara de las labores manuales, como cobrar cuando él estaba hablando o llenar las estanterías con los libros que estaban amontonados por el suelo. Sin embargo, cuando llevaba trabajando un par de semanas, Mark le preguntó:

—¿No te gustan los libros, Laurie?

Laurie apartó la mirada de la pila que estaba enderezando.

—Los libros me encantan —respondió.

—Bien, entonces dime alguno para que lo encargue.

Algo nerviosa, Laurie sugirió las obras de varios críticos literarios de Quebec que intentaban convertir la pasión en textos. Mark anotó los nombres en el dorso de una factura de teléfono.

—Genial —dijo—. Eso es lo que busco.

Así que Laurie empezó a estudiar catálogos y revistas literarias, e incluso publicaciones académicas que despreciaba cuando estaba en la universidad. Ella y Mark revisaban todo lo que llegaba y, si Laurie quería leer cualquier libro, se lo podía llevar a casa, leérselo de cabo a rabo y devolverlo, siempre que no ensuciara las páginas ni doblara el lomo.

—Estoy contenta —le dijo a Jaque—. Muy contenta.

—Estupendo —repuso Jaque—. ¿Cuándo se lo vas a decir a tus padres?

Laurie insistía en que no podía contarles a sus padres que había dejado la universidad hasta que fuera a verlos, y no podía ir a verlos hasta que tuviera unos días de vacaciones en la librería, y, como el verano era la época de más ajetreo y ella acababa de empezar...

Un día, Jaque entró en la librería y le pidió a Mark un ejemplar del *I Ching*. Mark sacó el suyo de debajo del mostrador, pero, cuando le ofreció sus tres monedas chinas, Jaque metió la mano en el bolsillo de su camiseta de béisbol y sacó tres monedas de plata. Eran de un tamaño parecido al de las de veinticinco centavos y tenían una tortuga en una cara y un par de ranas en la otra.

—Oye, ¿de dónde las has sacado? —le preguntó Mark.

—Las he encontrado en la calle —contestó Jaque—. Por eso se me ocurrió que me convenía consultar el *I Ching*. Supongo que la tortuga representa el *yin* y las ranas el *yang*. ¿Tú qué crees?

—Creo que el oráculo quiere decirte algo.

Laurie estaba al fondo de la librería, examinando una caja de libros para comprobar si unas salpicaduras blancas querían decir que un hom-



bre se había estado masturbando encima de ellos. Ese era uno de los peligros de ese negocio, le había explicado Mark. Y aunque no se vendiera pornografía, o ni siquiera literatura seria con pasajes pornográficos, daba igual. Algunas personas se excitaban prácticamente con cualquier cosa y se deslizaban hasta el fondo de la tienda cuando nadie estaba mirando. Mark le contó que en una ocasión había ahuyentado a un masturbador y, cuando había mirado el libro que le había provocado tal ansiedad, había resultado ser una guía de campo de mariposas diurnas y nocturnas. Mark le dijo a Laurie que no tendría que limpiar esas manchas, pero que le avisara si encontraba alguna. Laurie estaba intentando examinar los libros sin acercarse demasiado cuando oyó la voz de Jaque.

—¡Jaque! —gritó, y corrió hacia la parte de delante para abrazarla como si llevaran meses sin verse.

—Mira las monedas que ha encontrado Jaque —dijo Mark.

Laurie las sostuvo en la palma de la mano y pasó los dedos por los bordes lisos.

—Parecen muy antiguas —señaló—. A lo mejor son valiosas.

—No quiero venderlas —intervino Jaque—. Las acabo de encontrar.

Un amigo de Mark había entrado en la librería y estaba mirando las monedas. Se trataba de un hombre que estaba escribiendo un largo poema que él describía como «la semilla de todo conocimiento». Por las noches y los fines de semana iba vestido con un caftán negro que decía haber robado a un clérigo iraní. Sin embargo, durante el día vendía sándwiches de helado en un *stand* en unos grandes almacenes y tenía que llevar chaqueta y pantalones blancos. Con las monedas de Jaque en la mano, parecía un ayudante de laboratorio que se dispusiera a probar distintos tipos de ácido en una aleación desconocida.

—No hay nada escrito —dijo—. A lo mejor son medallones. —Observó la cara de la tortuga—. Los chinos utilizan tortugas para la adivinación. Y hay tres. Podrías utilizarlas para el *I Ching*.

—Es una idea estupenda —dijo Jaque, y cogió el libro gris—. Y mira por donde, aquí tenemos el *I Ching*.

—¿Qué quieres preguntar? —dijo Mark.

—¿Debería Laurie coger vacaciones este fin de semana e ir a visitar a sus padres?

—Oye, espera un momento —intervino Laurie.

—¿Vas a tirarlas tú? —le preguntó Mark a Jaque—. A lo mejor debería hacerlo Laurie.

—A lo mejor lo que yo debería hacer es volver a tirarlas en la calle —intervino Laurie.

Jaque se quedó pensando durante un instante.



—Como nos afecta a todos, quizás debiéramos hacerlo entre todos. Dos líneas cada uno. —Se volvió hacia el poeta y le dijo—: Siento dejarte fuera, pero solo hay seis líneas.

El poeta hizo un gesto con la mano restándole importancia.

Jaqe se encargó de las dos primeras líneas, y luego siguió Mark. Quejándose del «destino común», Laurie hizo las líneas superiores. El hexagrama era el 48, «El pozo». Explicaba cómo la gente va y viene, pero el pozo permanece inmutable.

—Estupendo —dijo Jaqe—. Decidido.

—¿Qué es lo que está decidido? —preguntó Laurie.

—Que vamos a visitar a tus padres.

—No dice nada de mis padres.

—Habla de la fuente, ¿no?

—A mí me parece que está claro —intervino el poeta.

—¡Santo cielo!, pero si tú ni siquiera has lanzado ninguna moneda —le espetó Laurie.

—A ver qué te parece esto: el sábado por la tarde puedes salir pronto y el martes llegar tarde —le propuso Mark.

—De acuerdo —dijo Laurie—. No puedo creérmelo. De acuerdo. Iremos a visitar a mis padres.

—¿Y se lo dirás?

Laurie hizo una mueca.

—Sí, se lo diré.

A Jaqe, la «estación de autobuses» de Thorny Woods siempre la hacía sonreír; era el aparcamiento de una ferretería, y los billetes se vendían en una cafetería que había al otro lado de la calle. Los padres de Laurie ya estaban allí cuando el autobús llegó; Bill con unos amplios pantalones blancos y una camisa azul con grandes flores amarillas, Janet con un vestido naranja sin mangas de falda muy corta y con vuelo.

—A tu madre se la ve estupenda —comentó Jaqe mientras saludaba con la mano por la ventanilla—. Buenas piernas.

—¿Mejores que las mías? —preguntó Laurie.

—Las tuyas son insuperables. Sobre todo cuando rodean las mías.

—Pues que no se te olvide.

—¿Quieres hacer el favor de dejarlo? —dijo Jaqe—. Estás de lo más pesada desde que salimos de la ciudad.

—Esto fue idea tuya, ¿te acuerdas? —Laurie se puso de pie para coger su bolsa de viaje de la rejilla superior—. Vamos, o el bus arrancará antes de que hayamos bajado. ¿Y a que eso sería una pena?



Jaqe le cogió la mano.

—Primero dame un beso.

—Esto es Thorny Woods —replicó Laurie—. En Thorny Woods, las chicas no se besan.

—Me trae sin cuidado. Bésame ahora mismo o gritaré.

Laurie se encogió de hombros y luego miró las caras curiosas de su alrededor.

—¡Eh! —las llamó el conductor del autobús—, vosotras dos, ¿bajáis o qué hacéis?

Laurie sonrió y abrazó a Jaqe

—¡Dios! —exclamó el conductor.

Laurie oyó un silbido y un pausado aplauso cuando ella y Jaqe bajaron corriendo del autobús.

En el aparcamiento, Bill estaba riéndose y meneando la cabeza. Sacudió el torso como si estuviera bailando mientras Laurie abrazaba a su madre.

—Sois de lo que no hay —dijo—. Será mejor que llevéis cuidado no vayáis a provocar un incendio forestal.

Cuando Bill la abrazó, Jaqe se descubrió a sí misma apoyando la cabeza en su hombro. Era tan sólido, tan acogedor...

De camino hacia el coche, Janet entrelazó su brazo con el de Laurie.

—Me alegro mucho de que estés aquí —le dijo.

Jaqe sonrió ante el sonido de esa voz, semejante a una pintura al pastel con colinas perdiéndose en la distancia.

Bill toqueteó el cabello de Jaqe.

—No te vendría mal un corte de pelo —comentó—. ¿Querrás que te lo corte?

—¡Vaya! —dijo Jaqe—, eso sería estupendo. ¿Estás seguro de que tienes tiempo?

—Para ti, nena, siempre tengo tiempo —dijo poniendo voz de tipo duro.

Jaqe se soltó una carcajada.

Laurie tenía pensado decírselo a sus padres después de la cena, pero, cuando iban de camino a casa para recoger a Ellen y cambiarse de ropa para ir a un restaurante, Bill dijo:

—Y bien, ¿qué tal la vida universitaria? ¿Disfrutando de un buen descanso?

—Sí, claro —contestó Laurie—. Bueno, estoy trabajando duro en la librería, pero eso es una especie de descanso. —Y se le escapó un grito cuando Jaqe le clavó un codo.



—¿Estás bien? —preguntó Janet.

—Bueno, es que os tengo que decir algo —dijo Laurie.

El rostro de Janet se puso tenso, y Jaqe pensó en cómo de repente se parecía mucho a una madre.

—Adelante —dijo Janet.

—¿No podríamos parar en algún sitio? —preguntó Laurie.

—Ya casi estamos en casa —dijo Bill.

El coche avanzaba por una carretera flanqueada por árboles que iba de la autopista a su urbanización.

—Cariño, para el coche —le pidió Janet a su marido.

Una vez Bill hubo aparcado el coche en el arcén, Janet alargó el brazo y apagó el motor. Encendió los intermitentes y luego le hizo un gesto con la cabeza a Laurie.

Laurie clavó la mirada en el respaldo del asiento delantero.

—El caso es que ya no soy estudiante universitaria.

—No te entiendo —dijo Bill.

—He dejado la universidad.

—Ha renunciado —intervino Jaqe.

—He renunciado al curso de posgrado —dijo Laurie.

—¡Dios mío! —exclamó Bill—. ¿Y por qué ibas a querer renunciar?

—Sabíamos que tenías algunos problemas, cariño... —dijo Janet.

—No solo era que tuviera problemas —explicó Laurie—. No le encontraba ningún sentido. Yo no encajo allí.

—A lo mejor podrías pedir un permiso. ¿No existe esa posibilidad? —pregunto su madre.

—Ya es demasiado tarde, mamá. Ya lo he comunicado oficialmente.

—¿Tienes algún problema? —preguntó Janet—. Podías haber pedido ayuda.

—¿Y qué podríais haber hecho?, ¿cambiar de arriba abajo la universidad?

—A lo mejor lo podrías intentar en otro sitio —propuso Bill.

—Papá, no es para mí. No lo es y punto.

—¿Es por esos trabajos? ¿No podrías conseguir una prórroga? —preguntó Janet.

—Mamá, ya te lo he dicho, he causado baja. Ya no estudio allí.

—Y además, hizo los trabajos —intervino Jaqe—. Los terminó todos.

—No lo entiendo —dijo Janet.

Jaqe esperó, pero, como Laurie no decía nada, continuó:

—Fueron los trabajos los que le hicieron darse cuenta. Fue capaz de hacerlos, pero le resultaron irrelevantes. Así que supo que tenía que dejarlo.



—Sentí que como no lo hiciera ahora, no lo haría nunca —dijo Laurie.

—Me hubiera gustado que nos lo hubieras contado. A lo mejor hubiéramos podido ayudarte, o hacer algo —dijo Janet.

—Oye, que ya es mayor —intervino Bill—. Sabe lo que hace. —Guiñó un ojo a Jaque—. ¿No es así? Seguro que Jaque ya se ha dado cuenta de eso.

—No necesito ayuda —aseguró Laurie—. He hecho lo correcto.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunto Janet.

—Bueno, por ahora voy a trabajar en la librería.

—Eso no es que sea una gran carrera.

—Probablemente necesite un poco de tiempo —dijo Bill. Se inclinó sobre el asiento como si estuviera a punto de pasar a la parte de atrás del coche y añadió—: Si mi Laurie dice que hizo lo correcto, con eso a mí me vale, ¿de acuerdo? —Su voz rebotó por el metal y el cristal.

—Por supuesto —dijo Janet, cuya voz había recuperado la suavidad—. Te queremos, cariño. Cualquier cosa que hagas nos parecerá bien.

Bill alargó los brazos.

—¿Un abrazo? —dijo.

Laurie se quedó sentada donde estaba durante un momento, mirando el respaldo del asiento delantero. Luego se inclinó hacia delante. Bill la rodeó con el brazo derecho.

—Vamos —animó Bill a Jaque—, tú también. Quiero a mis dos mujeres favoritas aquí.

Jaque se deslizó hacia delante en el asiento y rodeó con el brazo la cintura de Laurie mientras Bill la abrazaba. Sus dedos ligeramente regordetes le apretaron el hombro.

Cuando Bill la soltó, Janet se inclinó para besar a Laurie en la mejilla.

—Te queremos, cielo —dijo.

—Yo también te quiero, mamá.

—Estupendo —dijo Bill—. Y ahora vámonos a casa; recogeremos a Ellen y nos iremos a celebrarlo. —Arrancó el coche—. Después de todo, has tomado una decisión importante, ¿verdad?

—Verdad —dijo Laurie.

A Jaque le pareció que todo era muy sencillo. Solo con que sus padres pudieran comportarse como Bill y Janet... aunque solo fuera un poco... Suspiró.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Laurie. Su voz sonaba aguda.

—Nada —contestó Jaque—. Estaba pensando en mis padres.

Para su sorpresa, Laurie se dio media vuelta y se quedó mirando por la ventana. Jaque le cogió la mano, y al principio tuvo la sensación de que



Laurie la iba a retirar, pero, un instante después, Laurie se volvió y le rodeó los hombros con el brazo que tenía libre. La atrajo hacia ella y la besó en los labios. Durante un momento, antes de cerrar los ojos, Jaque dirigió la mirada hacia la parte de delante del coche. Janet estaba mirando por la ventana, pero vio a Bill sonriendo mientras miraba por el retrovisor.

Esa noche, cuando estaban haciendo el amor en la habitación de Laurie en la parte de atrás de la casa, a Jaque le pareció que Laurie estaba haciendo demasiado ruido.

—Chis... —dijo en un susurro, y le dio unos golpecitos en el hombro.

—No pares —le pidió Laurie.

Cuando Jaque volvió a mover la mano, Laurie dejó escapar otro jadeo explosivo.

Jaque se apartó de ella.

—Laurie, por favor.

Laurie se estremeció como si acabara de regresar de un sueño.

—¿Qué pasa? ¿Por qué has parado?

Jaque sonrió.

—Estabas haciendo mucho ruido.

—¡Dios mío! —exclamó Laurie, y dejó caer su cabeza hacia atrás sobre la almohada—. Vuelve a hacerlo.

—¿No puedes hacer menos ruido? —dijo Jaque.

—Gruñidos de felicidad. Explosiones de éxtasis.

—¿No podría tu éxtasis explotar con un poco menos de ruido? Vas a despertar a tu hermana.

Laurie se rió.

—No hay nada capaz de despertar a Ellen. Una vez tuve que tirarle agua en la cara para que se levantara para ir al colegio.

—Bueno, entonces a tus padres.

—No les importa.

—Pero a mí sí —dijo Jaque—. Quiero a tus padres, pero no quiero que sepan todo lo que hacemos.

Laurie no dijo nada durante varios segundos; se limitó a quedarse tumbada sobre la espalda mientras su respiración se calmaba.

—¿De veras los quieres? —le preguntó finalmente.

—Sí, claro que sí. Se han portado muy bien conmigo. ¡Ojalá mis padres pudieran aceptarte como los tuyos me aceptan a mí!

De nuevo el silencio, y luego:

—Supongo que no hay muchos como ellos.



—Son realmente especiales —dijo Jaque.

—El tesoro de Thorny Woods.

Jaque se echó a reír.

—Eso es. Y deberías apreciarlos más. Pero eso no incluye dejar que oigan hasta nuestro último tumbo.

—¿En el arduo camino hacia el orgasmo?

—A veces pienso que solo estás alardeando.

—Hay que presumir de lo que se puede.

—No ante tus padres.

—Tal vez lo mejor sea que nos durmamos —dijo Laurie con un suspiro.

—¿Porque no puedes gruñir y gritar? No he dicho que tuviéramos que parar. Solo... solo que hiciéramos menos ruido.

—Creo que no me sentiría relajada.

—¿Por qué tienes que gritar para sentirte relajada?

—Pues tengo que hacerlo, ¿vale? No quiero censurarme a mí misma.

Jaque se contuvo para no responderle airadamente. En lugar de eso, besó a Laurie en la boca.

—Siento haberte hecho enfadar —le dijo.

—No pasa nada. Te quiero, Jaque.

—Siento que tengo mucha suerte por tener a tus padres. Casi tengo la impresión de que he perdido unos y a cambio he ganado otros.

—Vamos a dormir —dijo Laurie.

Al día siguiente, después del desayuno, Janet anunció que se llevaba a las chicas de compras. Laurie dijo que no necesitaba nada, pero Janet insistió en que no era una cuestión de necesidad.

—Comprar ropa a sus hijas es uno de los privilegios que tienen las madres —explicó.

Y cuando Ellen dijo que quería ver una competición de natación en la televisión, Janet le replicó que no podía pasarse el resto de su vida delante de una caja.

—Puedes ver cómo nada la gente entre los vestidos —le dijo.

Ellen puso mala cara.

Laurie sonrió a Jaque y le dijo:

—¿Quieres venir a ver las maravillas del centro comercial de nuestro pueblo? Te compraré un regalo.

—Una oferta que no puedo rechazar —respondió Jaque.

—¿Y qué tal si soy yo la que te compra un regalo? —propuso Janet—. Ya sabes que tú también eres una de mis chicas.



Por algún motivo, Jaqe se sintió avergonzada y bajó la mirada. Y antes de que pudiera darle las gracias a Janet, sintió los dedos de Bill revolviéndole el cabello.

—Tengo una idea —dijo el padre de Laurie—. Deja que vayan a comprarte un regalo y mientras yo te cortaré el pelo. ¿Qué te parece?

—Me encantaría que me cortaras el pelo. —Miró a Laurie—. ¿Te importa?

Una extraña mirada apareció en el rostro de Laurie, para a continuación desvanecerse.

—¿Y si te compro algo que no te gusta? —le dijo Laurie sonriendo.

—Cualquier cosa que me compres me parecerá bien.

—Pero ¿y si me compro algo para mí y a ti te parece horrible?

—Se convertirá en algo precioso en cuanto te lo pongas. Podrías comprarte un cilicio y se convertiría en oro en cuanto tocara tu piel.

—Puedo quedarme —propuso Laurie—, para asegurarme de que no te lo corte demasiado corto.

—Laurie —intervino Janet—, tu padre es capaz de cortarle el pelo a Jaqe sin tu ayuda.

La extraña mirada volvió a asomar en el rostro de Laurie.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —le preguntó Jaqe.

—Sí, claro. Es que me gustaría que nos acompañaras.

—Venga, déjate de tonterías —dijo Janet—. Tú vas a comprarte ropa fabulosa y a Jaqe le van a hacer un corte de pelo fabuloso.

—¿Te parece bien? —le preguntó Jaqe a Laurie—. Puedo acompañaros si tantas ganas tienes de que vaya.

Laurie no dijo nada durante un instante, luego se encogió de hombros.

—No, no pasa nada. Está bien.

—¿Seguro?

—Sí, claro.

Janet suspiró aparatosamente.

—Bien, me alegro de que ya esté todo decidido. —Y continuó dirigiéndose a Laurie—: Ahora ve a lavarte los dientes o a hacer lo que tengas que hacer. —Señaló a Ellen con un dedo—. Tú también. Venga, ve a prepararte.

—Venga, mamá... —se resistió Ellen.

Pero Janet le dijo:

—Andando.

Unos minutos más tarde, mientras besaba a Laurie en el camino de entrada a la casa, Jaqe volvió a pensar en sus propios padres, en lo histéri-



cos que se pondrían simplemente con que ella y Laurie se abrazaran delante de la casa.

—¡Cuánta suerte tengo...! —le dijo a Laurie.

—Ten cuidado para que mi padre no haga nada que tú no quieras que haga.

Jaqueline soltó una carcajada y dijo:

—Estaré atenta.

Una vez dentro, Bill le ofreció una bata verde con cierres en la parte de delante.

—Toma —le dijo—, vete a poner esto en lugar de la camiseta.

—¿Por qué no puedo ponérmelo encima de la camiseta? —le preguntó Jaqueline.

—Como quieras, pero Janet ha observado que no cierra bien por la parte de arriba. Así, si te caen pelos por los hombros, bastará con que te des una ducha y te los quites.

—Supongo que sí.

Cogió la bata y entró en el dormitorio que compartían Laurie y ella. Sintió el frío tacto del poliéster contra su piel. Cuando dobló la camiseta y la colocó encima de su bolsa de viaje, vio algo gris en una esquina de la misma, debajo de un collar de cuentas que se había puesto la noche anterior. Cuando se inclinó para cogerlo, descubrió la piedra gris con el árbol y el barquero. Se sintió recorrida por una sensación de aprensión mientras la apretaba en la mano. Estaba segura de que no la había metido en la bolsa cuando había hecho el equipaje. Aunque a lo mejor estaba en los vaqueros de repuesto que se había llevado. La metió en el bolsillo de sus pantalones cortos y regresó junto a Bill.

—Te lo cortaré en el cuarto de invitados —le dijo Bill—. Janet se pondrá hecha una fiera si dejamos pelos por el salón, y no me gusta la luz del estudio ni la de la cocina.

—¿Y en el baño?

—No me gusta trabajar allí. Demasiado pequeño. Y también demasiado calor.

—¿Me lavo el pelo?

Bill le sonrió.

—Te lo lavaré yo. Forma parte del servicio para mis clientes superespeciales.

Jaqueline le devolvió la sonrisa.

—Gracias.

—La primera parte del servicio consiste en un breve masaje.

—¿Un masaje?



—Es una costumbre mía. Resulta más fácil cortar el pelo si el cliente está relajado.

—¿Y debo tumbarme o algo por el estilo?

Bill se rió.

—No, no, solo es en los hombros. —Cogió una silla del antecomedor y la colocó en medio del salón—. Señora... —dijo mientras hacía una ligera venia.

Jaqe hizo una reverencia levantando la bata y se sentó. Cuando las manos de Bill comenzaron a masajear y a presionar sus músculos sonrió, pensando en el Dr. Root. Su sonrisa se fue suavizando al sentir cómo sus hombros se iban relajando, y dejó caer la cabeza hacia atrás. Debió de hacer algún ruido porque Bill le dijo:

—Parece que es agradable.

—¿Das masajes a todos tus clientes? —le preguntó Jaqe.

—Solo a los que realmente me importan. —Y añadió—: Además, algunos son tan gruesos que no apetece tocar nada aparte del pelo.

Jaqe no contestó. Bill deslizó las manos hasta el extremo de sus hombros y las mantuvo allí mientras se inclinaba y la besaba ligeramente en la mejilla. Sorprendida, Jaqe se volvió y lo miró, pero Bill ya se había vuelto a enderezar.

—Ahora vamos a lavarte el pelo —dijo.

—Puedo lavármelo yo —propuso Jaqe.

—Oye, que estás en la peluquería. El lavado forma parte del servicio.

La acompañó hasta el cuarto de baño, donde colocó una silla plegable junto al lavabo. En la encimera se alineaban botellas de champú y acondicionador de peluquería. Cuando Jaqe se sentó, Bill le colocó una toalla sobre los hombros y remitió el borde por el cuello de la bata.

—Hice instalar este lavabo especialmente para esto —dijo.

Jaqe se reclinó hacia atrás. Le hubiera gustado ver lo que Bill estaba haciendo, pero lo único que veía era el techo. Oyó correr el agua detrás de ella, y luego notó sus manos rozándole el cuello y los lados de la cara cuando le levantó el cabello para echarlo hacia atrás.

—Relájate —le dijo Bill—, te acabo de dar un masaje.

Jaqe se esforzó por dejar caer los hombros y permitir que su cabeza descansara en las manos de Bill. Cuando este terminó de aclararle el pelo para quitarle el acondicionador, le envolvió el cabello con otra toalla, gruesa y esponjosa, y le frotó la cabeza enérgicamente. Jaqe suspiró.

—¿A que resulta agradable? —le dijo Bill—. Deberías hacer que Laurie te lavara y secara el pelo.

En el cuarto de invitados, Bill colocó un mantel de plástico en el suelo y puso la silla del antecomedor en medio, vuelta hacia la cama. Los visillos



blancos de la doble cortina estaban cerrados, por lo que la habitación estaba iluminada por la luz filtrada.

—Hace un día estupendo. Abramos los visillos —propuso Jaque.

—Lo siento —dijo Bill mientras le indicaba con un gesto que se sentara en la silla—, pero Janet se pone furiosa cuando dejo que entre la luz directa. Dice que los muebles se van a decolorar.

—Bueno, entonces ¿podemos girar la silla? Si estoy mirando hacia la cama, me entrará sueño.

«He metido la pata —pensó—. Ahora sugeriré que me tumbe.» El pensamiento la sorprendió y la hizo sentir avergonzada. «Lo único que ha hecho ha sido darme un beso en la mejilla», se dijo.

Bill giró la silla para que Jaque estuviera de cara al tocador y de espaldas a la ventana.

—¿Qué tal así? —dijo.

—Bien —contestó Jaque, y se sentó.

Bill apoyó de nuevo la mano en el cuello de Jaque al cogerle el cabello.

—Tienes un pelo muy bonito. Eres la clase de cliente con la que me encanta trabajar.

—Gracias. —»¿Por qué no me habré ido de compras?», se dijo .

—¿Qué te gustaría que te hiciera?

—Cortarme el pelo.

Bill se echó a reír.

—De acuerdo. ¿Cómo lo quieres?

—Supongo que más o menos igual que ahora. Lo único... pues eso, con un poco más de forma.

—Ya tiene una forma perfecta, pero veré qué puedo hacer.

«Un comentario más —pensó Jaque—, uno más, y se cierra la peluquería.» Bill puso manos a la obra, separando mechones, sujetándolos con clips y cortando las puntas abiertas. Jaque volvió a sentirse fatal por haberle juzgado mal.

—¿Acostumbras a cortar el pelo tú mismo? —le preguntó.

—No, generalmente estoy demasiado ocupado llevando el negocio.

—¿Lo echas en falta?

—Claro, a veces. Y entonces se lo corto a alguien maravilloso. Como tú. —De nuevo reinó el silencio, y luego Bill añadió—: Sabes que todos nos sentimos realmente afortunados de que Laurie esté contigo.

—Soy yo la que tiene suerte de estar con ella —repuso Jaque.

Bill estaba peinando mechones y cortando las puntas. Mientras trabajaba junto a ella, Jaque podía ver el brillo de las tijeras, salpicadas aquí y allá con puntos negros, como de moho u óxido.



—Janet y yo siempre hemos apoyado a Laurie —dijo Bill—. Pensamos que mientras ella sea feliz... Pero voy a serte sincero: estamos muy contentos de que te haya encontrado. Algunas de las otras chicas eran un poco desenfrenadas, supongo que me entiendes. Iban a por todas.

—Ninguna de las mujeres que yo conozco es en absoluto así —le aseguró Jaqe.

—A lo mejor es que solo te gusta ver el lado positivo de la gente. En cualquier caso, ahora Laurie te tiene a ti y tú sí que eres la mejor.

Se inclinó y la besó en el hombro.

Jaqe se apartó.

—Limitémonos al corte de pelo, ¿vale? —le dijo.

—Vamos... Sabes que para mí eres como una hija. —Y un momento más tarde, anunció—: Listo.

Jaqe se giró para mirarse en el espejo. Bill se lo había dejado un poco más corto de lo que se había esperado, pero incluso con el pelo húmedo se notaba que el peinado tenía los rizos más marcados, que era más... excitante.

—Está genial —dijo.

Bill hizo una venia.

—Gracias, señora. ¿Desea que se lo seque?

—Creo que saldré a la calle y dejaré que me lo seque el sol.

Comenzó a ponerse de pie, pero las manos de Bill sobre sus hombros se lo impidieron.

—Me alegro de que te guste —dijo Bill—. Si no supiera que es imposible, diría que hace que estés incluso más guapa que antes.

—Me voy a levantar ya.

Antes de que pudiera moverse, Bill se inclinó y la besó en los labios; o lo intentó, porque Jaqe apartó la cabeza y lo único que Bill encontró fue su barbilla. Jaqe lo empujó con todas sus fuerzas y se abalanzó hacia la puerta. Pero él ya estaba allí, sonriendo como si estuvieran jugando a algún juego infantil.

—Oye —le dijo Bill—, ¿no le vas a dar propina al peluquero?

—Como propina te voy a dar un consejo: mantente lejos de mí o lo lamentarás.

—No lo dices en serio —dijo él, y avanzó hacia ella.

—¡Que te crees tú que no!

Jaqe volvió a intentar llegar a la puerta, pero Bill la agarró del brazo cuando intentó pasar por su lado. Con la mano que tenía libre, Bill sacó las tijeras del bolsillo de la camisa.

—¿No sabes que siempre deberías portarte amablemente con un hombre que tiene un objeto punzante? O uno de los dos podría tropezar y hacerse daño.



Jaqe se quedó totalmente inmóvil.

—Venga, Bill —dijo—, tira eso. Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo.

—¿De verdad? —Sopesó las tijeras como si pesaran varios kilos—. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Bill volvió a mirar las tijeras, y luego a Jaqe. Sonrió.

—¡Qué coño! —dijo, y tiró las tijeras al suelo, cerca de la cama.

Inmediatamente, Jaqe intentó soltar su brazo.

—Eh —le dijo Bill—, que hemos hecho un trato.

—Vete a la mierda —le espetó Jaqe.

—¿Qué es lo que te pasa? ¿Por qué estás tan alterada? ¿Es que te preocupa Laurie? ¿Es ese el problema? Pues no te preocupes. Ella está al tanto de todo.

Cuando Jaqe dejó de forcejear, Bill le agarró el otro brazo por la muñeca.

—¿Qué quieres decir? ¿De qué hablas? —le preguntó Jaqe.

La sonrisa de Bill le hizo sentir ganas de vomitar.

—Laurie y yo tenemos un acuerdo. Compartimos.

—Estás mintiendo —Jaqe se dio cuenta de que estaba gritando—. ¿Cómo puedes decir algo así de tu propia hija?

—Puedo porque es cierto. Siempre lo hemos hecho así. Cuando las chicas empiezan a echar demasiado en falta el montárselo de verdad, Laurie me las pasa. Y yo se las devuelvo plenamente apaciguadas y satisfechas.

De repente le soltó un brazo para abrir los broches de la bata. Se inclinó para besarle el pecho, con la boca abierta, los dientes brillantes bajo la luz que se filtraba. Jaqe intentó empujarlo con la mano que tenía libre. Bill no pareció darse cuenta, y se limitó a colar su mano por la parte de detrás de los pantalones cortos de Jaqe. Esta sintió cómo sus dedos regordetes se abrían camino por entre sus glúteos.

—¡Capullo mentiroso! —gritó Jaqe, y levantó la rodilla por entre las piernas de Bill.

No lo acertó de pleno, o al menos Bill no se encogió preso de terribles dolores tal como ella se esperaba. No obstante, dejó de agarrarla con tanta fuerza y eso le bastó para poder liberarse. Cuando volvió a golpearlo, esta vez con el pie, falló incluso por más y le dio en la rodilla. Pero fue suficiente, porque Bill se tambaleó y cayó contra la silla en la que Jaqe había estado sentada mientras le cortaba el pelo.

Al verlo en el suelo, Jaqe sintió deseos de patearle una y otra vez, de golpearle con la silla, con el espejo, con todo lo que pudiera agarrar, hasta



que lo retirara todo, hasta que admitiera que no eran más que mentiras. Pero Bill volvía a tener las tijeras y se estaba incorporando. «Lárgate —se dijo—. Corre.» Mientras salía precipitadamente por la puerta, algo golpeó su pierna, y Jaqe gritó de dolor. A pesar de ello, siguió adelante, mientras a su espalda Bill gritaba:

—¡Es verdad! Tú pregúntaselo. Eres la primera que se queja. La primera. ¡Pregúntaselo!

Una vez que estuvo fuera de la casa, Jaqe siguió corriendo, apenas ralentizada por el hecho de que había empezado a cojear de la pierna izquierda. No sabía si Bill la perseguiría en el coche, pero, por si acaso, torció en la primera calle a la que llegó y volvió a torcer por la siguiente. Tras haber mirado hacia atrás varias veces sin ver señales de Bill, se detuvo para examinarse la pierna. Un hilillo de sangre le corría por el muslo desde un corte situado unos centímetros por encima de la rodilla. Aunque no parecía profundo, le dolía cada vez que daba un paso. Se acordó de los puntos negros de las tijeras y supo que tenía que desinfectarse la herida. Pero no podía dejar de pensar en la amenazadora posibilidad de que Bill estuviera siguiendo el rastro de gotas de sangre. Encontró unos pañuelos de papel viejos en el bolsillo y se esforzó por apretarlos contra la herida mientras caminaba.

Estaba sudando a mares. Debían de andar por los treinta grados y la bata de poliéster solo servía para empeorar las cosas. ¡Qué idiota había sido al dejarse convencer de que se quitara la camiseta! Se detuvo un instante para recuperar el aliento. Un adolescente con un perro negro caminaba hacia ella. Con cierto nerviosismo, se aseguró de que todos los cierres de la bata estuvieran cerrados. «Debo de tener un aspecto ridículo —pensó—, como si me hubiera escapado de algún sitio. ¡Maldito cabrón!»

El muchacho la examinó y se agachó para coger un palo. Durante un instante, lo sopesó en la mano, lo que le recordó a Jaqe cómo Bill había sopesado las tijeras. Pero entonces lo tiró por los aires. El perro corrió detrás de él, el chico lo siguió y ambos desaparecieron; Jaqe volvía a estar sola. «No puede ser verdad», pensó. Por supuesto que no lo era. A Laurie nunca se le ocurriría hacer un trato como ese. Ninguna clase de trato. Era imposible. Ese cabronazo, ¿cómo podía decir algo así? Sobre su propia hija. Pasó junto a un jardín en el que había un círculo de piedras alrededor de una figura de plástico que representaba a un chico y a una chica cogidos de la mano. Jaqe deseó poder coger todas las piedras y correr de vuelta para arrojárselas a Bill.



Fue en ese momento cuando se percató de que no sabía dónde se encontraba. El barrio de Laurie era mucho más grande que el suyo, con muchas más calles. Jaque contuvo la respiración. Se dijo que no tenía por qué preocuparse. En cualquier caso, no podía volver hasta que estuviera segura de que Laurie había regresado («maldita pierna», pensó, y decidió no prestar atención al dolor). Siempre podía llamar a alguna puerta y pedir que le dejaran utilizar el teléfono. O simplemente pedir que le indicaran el camino. Miró a su alrededor. Todas las casas parecían idénticas: vacías y cerradas. ¿Dónde estaba todo el mundo? Incluso el chico del perro había desaparecido. «No pasa nada», se dijo. Solo tenía que esperar. Continuó caminando. Cuando retiró los pañuelos de papel, la hemorragia ya se había detenido; el corte se veía más oscuro por el borde.

¿Qué le contaría Bill a Laurie? ¿Se inventaría alguna historia? Le hubiera gustado ser la primera en ver a Laurie, contarle exactamente lo que había sucedido. Se acordó de Laurie diciendo: «No les importa», cuando la noche anterior Jaque se había alarmado por el ruido que hacían al hacer el amor. ¿Las habría oído Bill? ¿Por qué no le iba a importar? ¿Porque sabía que le llegaría su turno al día siguiente?

—¡No! —dijo en voz alta—. No es cierto.

La calle en la que se encontraba se desvió hacia la izquierda, y Jaque se encontró de pronto frente a la arbolada entrada de un parque. Miró a su espalda. Si se había perdido, probablemente lo mejor que podía hacer era quedarse en el barrio. Pero en el parque parecía que hacía más fresco. Y ¿qué pasaba si después de todo Bill decidía salir en su persecución? Le bastaría con recorrer las calles arriba y abajo hasta localizarla. Jaque se dirigió cojeando hacia los árboles.

